

HACIA LAS CUMBRES

Reflexiones espirituales

Mariano de Blas

Registro de derechos de autor: 03-2001-110510021800-14

Impreso en México

Introducción

El alma vale mucho más que el cuerpo. El cuerpo es materia; se cansa, se enferma, y terminará por morir. El alma no muere. Una vez creada por el soplo de Dios inmortal, jamás morirá. Por ello, si es bueno cuidar sabiamente del cuerpo, es mucho mejor cuidar santamente del alma.

Por desgracia, los hombres hoy cuidan en demasía su parte menos valiosa, su parte material, y muy poco o casi nada se preocupan de cuidar el alma.

“El espíritu está pronto, pero la carne es flaca”, decía Jesús a sus apóstoles. Cuanto más fuerte esté el alma, más fácilmente la carne, el cuerpo, resistirá los embates de los enemigos. Pero, cuando la carne flaca camina junto a un alma desprotegida, ambos van a la perdición.

A muchas personas se les ha hablado tanto del cuerpo que consideran más valioso el cuerpo que alma, o, peor aún, creen que son cuerpos sin alma.

En estas páginas vamos a hablar, sobre todo, del alma con el propósito de que algunos recuperen la simpatía hacia la parte más noble de su ser.

Amor se escribe con sangre

Los amores de los hombres en versos sublimes se escribieron. ¡Cuántos poemas de amor escritos con tinta que el agua borró!

Escrito con clavos de fuego, con sangre indeleble en el Parnaso del Calvario, está el amor de Dios. ¡Qué suerte que no es poesía, sueño dulce que al despertar desaparece! Debemos contemplar despiertos el amor de Cristo, y ver que no se desvanece; pasan los siglos y no se erosiona; llega el invierno y no se enfría; el pecado, su gran verdugo, no lo ha matado.

Amor inmortal, delicado y tierno como ninguno; amor de aquí, amor de allá. ¿Sabes tú lo que posees?

Un amor eterno que es tuyo, un amor crucificado, un amor que te persigue dulcemente, un amor que te perdona todo de un golpe; pero no hace ruido, no se impone, te pide permiso. A base de respetar tu libertad, puedes atreverte a decirle que no. Muchas veces le has rehusado tu pobre amor. No sabes lo que has hecho. ¿Te atreves contra el amor eterno, maravilloso de Dios?

No lo mereciste, lo has perdido mil veces, y aún te atreves a negarlo. ¿Qué locura se ha adueñado de tu mente, qué atrevimiento es el tuyo?

Uno puede acumular errores, pero éste sería el mayor de todos. Puede uno cometer ingratitudes, ésta sería la más grande. Pueden encontrarse maravillas en la vida, ésta es la maravilla de las maravillas: Dios existe y me ama. San Pablo lo decía gritando de júbilo: "Me amó y se entregó a la muerte por mí".

Nunca es tarde para cambiar

Todo Puede remediarse, mientras dura la vida. Nunca digas: Todo ha terminado. Más bien, todo comienza, si tú quieres, todo vuelve a empezar.

Comenzar una nueva vida. ¡Qué propósito tan grandioso! Y el que se lo propone, lo puede lograr. "Ya me harté de vivir a lo loco y a lo tonto. Ya me harté de ser el egoísta que sólo piensa en sí mismo, el flojo que todo lo empieza y todo lo deja sin terminar; el pesimista que se empeña en ver todo de color negro, el orgulloso que desprecia a sus hermanos".

Comenzar de nuevo. Comenzar el matrimonio otra vez, recuperando el primer amor. Recuperar tu alma de niño que se asombra ante el milagro de la vida. Recuperar tus mejores momentos, tus más altos propósitos, tus metas más elevadas. Recuperar la alegría de vivir, la felicidad de amar al prójimo.

Recuerda: Todo comienza, si tú quieres, todo puede volver a empezar. Se necesita un poco de valor, un poco de esperanza y otro poco de entusiasmo.

No importan las caídas

No importan las caídas, si se aprovechan para subir. La caída en sí misma, aunque semeja una derrota y duele como si tal fuera, puede convertirse en victoria de humildad y de amor; porque se puede subir por amor, y también por amor puede uno levantarse después de la caída.

La caída encierra lecciones tonificantes: aprendes la necesidad de la vigilancia, del no fiarte de ti mismo, de confiar totalmente en Dios. Al levantarse, se lame uno las heridas, y camina más despierto.

Mala es la caída cuando se queda uno tirado, cuando no se levanta, cuando se da por muerto.

¿Quién ha triunfado en todas sus guerras sin ser derrotado nunca? Nadie. El mismo Dios hecho carne quiso llegar a la victoria, pasando por la máxima derrota.

El haber caído muchas veces no asegura que todo acabará en derrota; mientras haya oportunidades por delante, puede inclinarse la victoria a uno u otro bando. Gengis Kan comenzó perdiendo y terminó ganando; Napoleón ganó decenas de batallas, pero lo perdió todo en Waterloo. Dígase lo mismo del cartaginés Aníbal, que venció en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, pero un puñal que supo esperar tenazmente su momento, se le hundió un día en el pecho, y ahí terminaron sus victorias.

Muchos han empezado su camino teniendo en su haber más derrotas que éxitos, pero a medida que pasan los años, pueden ir aumentando las victorias; ojalá que en la guerra total reconquistes todo lo perdido.

Hacer las cosas por amor

Lo que con cariño se hace no cuesta: Si estudias por amor, si trabajas por amor, si escribes con entusiasmo, todo será diversión, no costará.

Procura en lo sucesivo rezar con amor, cumplir tus deberes con entusiasmo, salvar almas por amor, vivir tu sacerdocio y vida religiosa y cristiana por amor, y así serás feliz a bajo precio.

¡Cuánto te han costado los deberes: la obediencia, la caridad, la humildad, el vencer los halagos de la pereza, porque no tenías amor, porque andabas bajo de entusiasmo, porque no pensabas sino cosas duras, difíciles!

Puedes convertir tu vida en un infierno, y serlo en verdad; y puedes convertir esa misa existencia en un cielo verdadero. Trata para el futuro de elegir lo segundo. El cuerpo poco ayuda en estos asuntos, porque ya se dijo que la carne es débil; pero el espíritu, el alma, que está pronta, es capaz de todos los milagros, es capaz de amar apasionadamente, de vibrar de entusiasmo, de creer y esperar firmemente, de entregarse del todo y para siempre.

El alma es una centella divina, está hecha de espíritu inmortal, de material divino; no se cansa, no duerme, vive, grita, pero está muchas veces sometida al cuerpo que le impide ser libre...

Todo depende de cómo se hagan las cosas. Édison decía que nunca trabajó: su trabajo era una gran diversión.

Tú podrías divertirte tanto en tu vida, si vieras las cosas y tareas, por difíciles que fueran, como un juego divertido. Jugar y divertirte es escribir, ¡qué diversión!

Dirigir un colegio, ser santo, salvar almas, ¡qué juego tan apasionante!

La vida, tu vida, podría ser una aventura apasionante, si la tomaras así, como una diversión. A veces la has tomado como un castigo, la has imaginado terrible y dura, y te has clavado las espinas; pero podría convertirse en otra cosa, mil veces más bella, atractiva, fascinante, si convirtieras las punzantes espinas en rosas.

Con un poquito de amor y de entusiasmo: Ésa es la receta, el elíxir divino que transforma lo duro y amargo en dulce y suave.

Por eso cada uno se construye su vida como quiere. Algunos se amargan la existencia; lo dicen y lo hacen. ¡Pobrecillos! Su vida es un penar, es una amargura inacabable, que acaba con la muerte. Pero otros saben convertir los días de este peregrinar en una maravilla digna de vivirse, saben gozar, saben amar, saben divertirse, saben vivir. ¡Felices, envidiables!

La vida, que en principio es igual para todos, es tan diferente para cada uno. Porque hay vidas verdaderas, en las que vivir es amar, es realizar tareas trascendentes y ser feliz. Pero hay otras que se parecen tan poco a la vida y tanto a la muerte. Tu vida depende de ti.

La Virgen María

María fue una mujer inmensamente feliz... Su presupuesto era de dos reales. No tenía dinero, coche, lavadora, televisor ni computadora, ni títulos académicos. No era directora del jardín de niños de Nazareth. Tampoco presumía de nombramientos, como Miss Nazareth. María a secas. No salió en la televisión ni en los periódicos.

Pero poseía una sólida base de fe, esperanza y caridad y de todas las virtudes. Tenía gracia y santidad...Tenía a Dios, y, a quien tiene a Dios, nada la falta.

Tú puedes ser, deberías ser, una mujer inmensamente feliz, aunque no tengas muchas cosas materiales. Aunque no seas famosa, rica, artista o cosas del género. Pero, si tienes a Dios, las virtudes teologales, la santidad a la mano.

No debes pretender, aspirar, ansiar demasiadas cosas materiales... La grandeza de un alma está en su interior, va por dentro. Lo de fuera es ruido, música, bombo y platillo, viento, humo, oropel, incienso, hojarasca, apariencia, nada. Por dentro va la santidad, la fe, el amor.

La Virgen no se quejaba: de ir a Egipto, de que Dios le pidiera tanto. La sonrisa de la Virgen era lo mejor de su rostro. ¿Cómo reaccionaría ante las adversidades, dificultades, cólera de los vecinos?

No te quejes: del tiempo, de la comida, del trabajo, de tus compañeras, de tus limitaciones, de tu falta de lujo. Trata de sonreír como Ella.

María veía la Providencia en todo: en los lirios del campo, en los amaneceres... en la tormenta. Cuando no había dinero. Cuando tenía que ausentarse. Cuando alguna vecina se ponía necia y molestaba.

Lo más admirable de María era el amor. Lo más grande de la mujer debe ser el amor. El amor es un talismán, una varita mágica que transforma todo en maravilla. Dios te ha dado este don en abundancia. Si lo emplearas bien, haría de ti una gran mujer, una ferviente cristiana, una esposa y madre admirable. Pero, si dejas que el amor se corrompa en ti, ¡pobre mujer!

María Magdalena tenía una gran capacidad de amar. La empleó mal, y se convirtió en una mujer de mala vida. Pero, después de encontrarse con Jesucristo, utilizó aquella capacidad para amar apasionadamente a Dios y a los demás, y hoy es una gran santa y una gran mujer.

Perseverar es un arte difícil pero necesario para lograr las metas. Los inicios de una empresa suelen aureolearse de ilusión, decisión y creencia de que será fácil llegar. Pero, apenas se han dado los primeros pasos, hacen acto de presencia los enemigos de toda perseverancia: desencanto, cansancio, temor de no concluir. Aquí termina todo el entusiasmo de muchos.

Algunos siguen impertérritos la tarea, reciclan el entusiasmo, se arman de coraje y siguen adelante; pero nuevamente amenazan con su maléfica presencia los mismos y otros enemigos: la rutina, el cansancio mayor, la risa de los vecinos y una voz interior que gimotea: 'No llegarás'. Algunos incautos son atrapados por estos fantasmas, y desisten para su mal.

Unos cuantos, ya menos, siguen en pie, redoblan esfuerzos, arrancan entusiasmo y fe no sé de dónde, y prosiguen victoriosos. Son los que llegan; los que querían llegar a pesar de todos los obstáculos; los que no lloran cuando arrecian el calor o la tormenta; los que paladean el amargo sabor del cansancio, la rutina y el miedo, pero no se doblan, siguen prendidos de su estrella, reafirman el deseo de llegar, y llegan al fin.

Lluvia en el alma

¡Qué hermosa la lluvia cayendo sobre los caminos polvorientos, sobre los campos yertos, sobre los tejados! Las primeras gotas gruesas cayeron sobre la procesión del Vía Crucis; tuvieron que refugiarse bajo los soportales. Se fue alejando el rugido de los truenos, para dejar salir el sol; pero en la noche, regresaron los truenos y la lluvia.

¡Cómo quisiera que bajase esa lluvia sobre los surcos secos de las almas, las empaparan y así calmaran su sed; sed de paz, de amor, de santidad, de ser apóstoles! Aunque no lo creas, ésta es la sed de millones de almas.

Tardan esas almas en desentumecerse, en adentrarse en los atrios del Señor; llevan pegada a su piel la costra de mil imperfecciones, requieren de abundantes aguas para recuperar su limpieza original. Aquí han venido cansados, sedientos, quebrantada su salud espiritual, como quien ingresa a un nosocomio a rehacerse del todo. Esperan salir de aquí recuperada su alma de niño; fresca y viva su esperanza; las ataduras del egoísmo rotas; con una nueva ansia de vivir, de comenzar otra vez como en sus mejores tiempos. Un nuevo intento, más fuerte que los otros, una nueva esperanza, un entusiasmo entero.

¡Sí se puede con la ayuda de Dios y de esos grandes amigos de la vida, Cristo y María Santísima. Son Ellos los que les llaman y les llevan de la mano.

Comenzar una nueva vida, aquí, en esta casa de oración: ése debe ser su propósito.

Ama y haz lo que quieras

“Ama y haz lo que quieras”. Mientras ames a Cristo y por Cristo a los hombres y por Cristo a la vocación de cristiano o de consagrado, puedes hacer lo que quieras; el amor te mantendrá en el justo orden.

Si se dice a la inversa: “Haz lo que quieras y no ames”, estarás perdido; perdido estuviste tantas veces por querer hacer tu vida sin amor, perdido estás ahora por querer hacer y hacer, y no darte tiempo para amar.

Amar a Cristo es tarea sencilla. Se logra con los detalles de cada día. Sumados todos los pequeños sacrificios de una jornada, forman una gran cosecha. A veces hace uno las cosas, las tiene que hacer, pero el amor brilla por su ausencia; tantas otras el amor se supone, pero no existe, y las más, existe moribundo, enclenque, enflaquecido, que da pena.

Eres lo que amas, vives o mueres del corazón.

“Ama y haz lo que quieras”: entonces, ama y despreocúpate de todo. Cada día es una oportunidad de amar, cada día debes verlo con la ambición, con la ilusión del enamorado, que no se conforma con un amorcillo cualquiera, sino que sólo descansa en el amor eterno y en el amor total.

El amor es la respuesta, amor apasionado, amor gigante al Gigante del amor. Si dejas de amar, nadie te salva, pero, si el amor vigila, no hay porqué temer.

Tienes un peligro ante la vista, el tomar los propósitos con estilo militar, el olvidarte del amor por anclarte en el hacer. Por amor te levantas y por amor te acuestas, por amor luchas y trabajas y por amor, descansas.

La oración te lanza al amor y el apostolado lo haces por amor. Si el amor en ti es más fuerte que la muerte, también tú podrás gritar: "¿Quién me arrancará del amor a Cristo?"

"Ama y haz lo que quieras". No quieras complicar tu trabajo por las almas ni la vida misma, debes concentrarte en este sólo amar con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Pregúntate al despertar cada mañana: ¿De qué nueva forma voy a amar a Cristo?

No seas prisionero de la rutina o del cansancio: algo nuevo, vivo, fresco debes encontrar cada día, que transforme esa jornada en una aventura.

"Ama y haz lo que quieras": Ama cuando rezas, cuando trabajas en el colegio o en la oficina, cuando te encierras en tu cuarto, cuando conduces el coche o caminas por los campos.

¡Ama! Ama todo lo que puedas, pon tu corazón a mil revoluciones; el amor, verás, terminará con todas tus cadenas, las cadenas antiguas que te hicieron agonizar en la mazmorra. El amor te llevará a la cumbre de la santidad, el amor te volverá intrépido en la batalla del Reino; ama y despreocúpate; pero, cuidado con los enemigos del amor. Si tu amor muere, habrás muerto tú, y asistirán a tu sepultura, la sepultura de tus grandes ideales, las pasiones guiadas por el Padre de la mentira.

Durante las fiestas de Navidad o durante la Semana Santa, en que vas a contemplar los misterios del Amor más excelso, aprende a amar de nuevo como nunca has amado.

Te basta mi gracia

Nos hablaron de María en el sermón de la Iglesia: Bajaste los ojos tristes. ¡Qué Madre tan grande, tan maravillosa; Madre Purísima, Santísima, tan desperdiciada!

No has sabido ser buen hijo; ¡qué lejos de serlo! Has vivido a tu cuenta y riesgo la dureza de la orfandad; pero Ella sigue siendo tan buena madre como siempre: por Ella has logrado grandes cosas, sin merecerlo, sin saberlo, incluso, y sin haberlo agradecido.

Si antes no supiste o no quisiste hacerte digno de María Santísima, ahora, ¿cuál va a ser tu comportamiento con Ella? De ahora en adelante..., siempre dices así cuando terminas unos ejercicios, y ahora también lo dices; pero ser santo requiere agallas más duras que las de quien dice: 'Ahora sí'. Renovarse, nunca jamás, a pesar de las caídas, las crisis, las sequedades, tan duras, eso es querer la santidad.

Estás asustado de cómo te doblan, como a junco ribereño, los vientos débiles del norte; necesitas templarte y endurecerte a todos los vientos y tempestades; tienes que pasar la prueba del persistir como si tal cosa: la prueba del hastío, del no siento, del no tengo ganas, la dura prueba de la tentación insistente, que se enrosca en la sicología como pitón. Tres veces rogaste al Señor que se apartara de ti; más de tres y cuatro veces has rogado que el estigma de Satanás te sea retirado, pero el estigma sigue metido en la carne.

A Pablo le dijeron: "Te basta mi gracia, porque en la debilidad se perfecciona la virtud". Y a ti te dicen lo mismo.

El evangelio de los viñadores homicidas es punzante. Los flojos le caen mal a Dios; los zánganos que chupan y no producen son execrables. El árbol que no da fruto termina en el fuego convertido en leña.

¡Tú tienes que dar fruto! Te matas a ti mismo cuando, día a día, un omnipotente egoísmo prevalece como rey de tu vida. ¡Cuántos de los que escuchan son pámpanos y nada de uva! Prepárense para el hacha, y luego para el fuego.

Lástima de vidas jóvenes que a sí mismas se condenan a la hoguera. Tarde, demasiado tarde, lamentarán el haber convertido la primavera de la vida en gélido invierno.

No todos son así. Felicito a los que no se resignan a ser del montón, basura junto al camino; felicito a los que luchan por ser diferentes, los que van aferrados a un alto ideal. Hay muchos aquí, y no serán cortados, porque están destinados a producir abundante fruto. Les podará el buen jardinero para que produzcan más.

Ojalá que todos quisieran ser así, a través, quizás, de una inyección de vigor, de entusiasmo por vivir en plenitud.

Cristo quiere injertar en tus estériles ramas nueva savia de vida; déjate cortar las ramas estériles; déjate podar para dar fruto.

Palabras de primavera

Resuenan en tus cansados oídos palabras de primavera:

“Yo amo la vida, amo el sol, las nubes, amo las flores, las personas, amo esta vida. Me gusta sentirme libre para decidir cada mañana amar a Jesucristo, y así, siento mi amor fresco todos los días, como a mis dieciséis años”. Palabras de un hombre santo.

¿Por qué no le imitas repitiendo cada amanecer idénticas palabras? Tú también amas el sol, los campos, las flores; ves en ellos la sonrisa del Buen Dios. ¿Por qué, entonces, el ceño fruncido, la sonrisa helada, el corazón frío? En el alma que tiene a Dios brilla una perenne primavera, lo mismo que en el alma en que Dios es un ausente, se da un invierno permanente.

Tú puedes seguir idéntica manera sencilla, diaria, de amar a Cristo, puedes formar ese hábito incomparable de la amistad con Él a toda hora del día, desde el despertar hasta cerrar los ojos, pasando por todos los momentos de la jornada.

Tú también debes levantarte cada mañana y decirle con entusiasmo que te alegras de ser libre y elegir tu camino hacia Él. Intenta sentir la misma frescura y la misma totalidad en el amor.

Y también, como él, debieras sentir que no importa ser más o menos santo, sino amarlo apasionadamente; y amarlo es cumplir su divino querer, y su querer es el propio deber y las responsabilidades o puestos de trabajo y las cosas que pasan, al parecer, sin causa ni razón.

Mañana será mejor

El mundo está lleno de gente que trabajará mañana, que mañana se compondrá, que retornará a Dios mañana, que mañana... Pero no hoy.

En el fondo no existen deseos de superarse ni de mejorar. Entonces, está uno muriendo y de prisa. La vida es desarrollo, crecimiento, la vida se alimenta de esperanza, de metas que se persiguen, de insatisfacción con lo alcanzado y de lucha por mejorar las marcas.

La muerte comienza cuando se pierde la ilusión y el anhelo de crecer. Nadie está tan cerca de morir como el que ha perdido toda esperanza. Si sientes deseos de superarte como ser humano, como profesionalista, como cristiano, estás vivo.

Ningún momento más oportuno para desear un cambio en la vida que el inicio de un nuevo año. Nunca es tarde para empezar de nuevo. Es tarde cuando pasan los días, y nada se hace. Es la mediocridad que abunda tanto, porque nada cuesta ser mediocre. Consiste en las medianías. Las grandes realizaciones no las logran los mediocres. El mundo debe muy poco a los perezosos. Si quieres que el mundo te recuerde y esté agradecido contigo, debes luchar y trabajar por mejorarlo.

El tiempo y la vida

¿Amas la vida? Entonces, no desperdicies el tiempo, porque es la materia de la que está hecha la vida.

Si sumas el tiempo que malgastas en una semana, quedarás asustado. Si sumas el tiempo perdido en un año, no lo creerías. Y, si juntas al final de la vida todo el tiempo desperdiciado, te sentirás abrumado al constatar que perdiste años enteros en la inutilidad.

La vida es demasiado valiosa, y está compuesta de tiempo. No es bueno "matar el tiempo", como suele decirse tristemente, sino salvarlo, redimirlo, haciéndolo rendir al máximo.

Decía Gregorio Marañón: "Yo soy un trapero del tiempo". El tiempo es oro -se dice-, el tiempo es dinero. Es mucho más que eso. Perder el tiempo es como perder algo de la vida. Decía un sabio: "Yo sé que toda la vida humana se gasta y se consume bien o mal, y no hay posible ahorro. Los años son esos y no más, y la eternidad es lo que sigue a esta vida. Gastarnos por Dios y por amor a nuestros hermanos en Dios es lo razonable y seguro".

El tiempo es la materia de la que está hecha la vida. Matar el tiempo equivale a matar la vida.

Se puede de verdad perseverar un año, una vida, en la virtud y en la santidad si uno cierra con cerrojo la puerta del ayer y del mañana, para concentrar toda su energía, todo su amor, todo su entusiasmo en ese espacio pequeño que es el día de hoy. Debes enfocar así tu perseverancia después de cualquier buen propósito, si no quieres empezar ya con la sospecha y el presagio de que no vas a durar. ¿Quién no puede durar un día? ¿Quién no puede ser un buen hijo de Dios desde la salida del sol hasta la hora de acostarse? Con un día puede cualquiera; con un año o con toda la vida creo que nadie. Si el que se abruma pensando en lo duro y difícil que es perseverar un año, se concentrara en trabajar un solo día, sólo en el día presente, y siguiera en el intento, llegaría a la convicción de que, de día en día, sí se puede durar un año y la vida entera.

El entusiasmo es uno de los mejores aliados, tenle un gran respeto, y te sacará de no pocos atolladeros; es sobre todo un acelerador cuando se atasca la carreta. Oh divino entusiasmo, que transformas en águilas las aves de corral. Si has sido una gallina encerrada, asustadiza, pero tienes sed de alturas, él te va a llevar a esas alturas, cambiándote las alas y el corazón de un ave de tierra y estercolero, por las de un águila real. Procura encender ese entusiasmo el día presente, el día de hoy...

Las visitas a Cristo y a la Virgen

Las visitas a la Santísima Virgen y a Jesucristo, realizadas con fe y fervor, infunden no pocos ánimos. En tu ciudad viven, a unos pasos de tu calle; no cuesta gran cosa visitarles un minuto, darles los buenos días, pedirles una misericordia para la jornada. Esas pequeñas visitas, esos pequeños momentos, robados a tu abultada agenda, inyectarán vigor a tu alma triste; ve a visitarles con más frecuencia, con más amor y menos prisa, que son los amigos de tu alma, los que ponen suavidad y eficacia en tus actividades febriles.

María Santísima y Jesús están ahí, cerca de tu puerta, con una sonrisa cada día, con amor cada hora, con las manos repletas de bendiciones para ti. Jesús y María son dos antiguos amigos desaprovechados; siempre los tuviste, siempre los tendrás muy cerca de ti, a total disposición, con un amor que, si supieras... pero conocer es el arte que pocos aprenden; si conocieras quién es... suena a dulce reto.

Si el arte de vivir es amar y ser amado, ahí tienes dos amigos que siempre te han querido y a los que no has sabido amar. Una breve visita, un corto detenerse, un pequeño gesto de cariño, un mirar y ser mirado, un alargar la mano y dar la diaria limosnita de amor.

¿Qué se puede decir a unos recién ordenados sacerdotes el día de la subida al altar? ¿Qué sentimientos tan profundos y hermosos habrá en sus corazones?

Hoy celebramos una gran fiesta en familia; hemos unido nuestra oración a la de los familiares y amigos, para pedir a Dios Nuestro Señor que su fidelidad al compromiso adquirido esta mañana dure tanto como su carácter sacerdotal.

Han llegado a una meta largamente deseada, después de muchas pruebas, dificultades y horas de luz. Mirando hacia atrás, pueden contemplar ese largo camino lleno de la misericordia y del amor de Dios; ese amor de Cristo ha sido el protagonista de su perseverancia hasta aquí: Han sido fieles porque han amado, pero sobre todo, porque han sido amados por Él.

Pero, aunque el sacerdocio es una meta, también es un camino que comienza; comienzan a ser sacerdotes el día de hoy; no es hora de descansar, de dormir; es hora de reunir fuerzas y ánimos, todo el amor, para emprender el camino hacia el Calvario, cargando con la cruz, la cruz que será su única herencia, su tormento y su gloria hasta el último día de su vida.

Cristo los mira con predilección porque ya no son siervos, sino amigos; la Iglesia los acoge entre sus ministros no sólo con amor, sino con ansiedad, porque ya saben que le hacen falta muchos y muy santos sacerdotes en este momento, y, cuando faltan manos, el que presta las suyas ayuda como si fueran muchas manos.

Las almas que ustedes encaminarán al cielo les dicen esta tarde: 'Gracias, padre, por haber dicho que sí'. La Iglesia les felicita y se felicita a sí misma, porque se suman a sus sacerdotes, insuficientes como son para la enorme misión que pesa sobre sus hombros; demasiada misión para tan pocos.

Ustedes son ramas que han nacido del sacerdocio de Cristo, ustedes son la juventud de la Iglesia que se perpetúa, son el depósito de sus esperanzas, los que toman el relevo. Para los que ya somos ministros de Cristo de varios años, su sacerdocio recién estrenado, nos sirve para refrescar y vitalizar el nuestro; para los que van en camino hacia esa meta, equivale a un estímulo y a una esperanza; ustedes pueden decirles hoy: 'Así como hemos llegado nosotros, pueden llegar ustedes. Mirando hacia arriba, la subida se nos antojaba muy ardua y difícil, a ratos imposible; pero mirando hoy hacia abajo, hacia el camino recorrido, podemos afirmar: Se nos pidió muy poco, y valió la pena el esfuerzo'.

Decirles a ustedes, Hermanos Neosacerdotes, que perseveren en el amor, hoy sale sobrando; si hoy alguien te insinuara que has elegido mal, que el sacerdocio no llena, que el mundo tiene mejores cosas que ofrecerte, lo mirarías con desprecio y le gritarías: ¡Apártate, Satanás! ¿Por qué? Porque hoy es claro como el sol, como la luz del día, el amor de Cristo, y no lo cambiarías por nada; porque hoy ves tu opción por Cristo como la mejor opción; porque hoy estás feliz, y sabes por qué; porque tienes los ojos limpios y ves con toda claridad la grandeza incomparable del sacerdocio, y tú ya eres eso: sacerdote de Cristo para siempre.

Aprovechen este día de luz y de certezas en su camino; convézanse para hoy, para mañana y para todos los días en su vida, que ser Cristo en la tierra, glorificador del Padre y salvador de las almas merece todos los

sacrificios, todas las pruebas que se vayan a presentar, que es la mejor tarea.

Aprovechen esa luz para cuando llegue el padre de las tinieblas y de la mentira a susurrarles al oído que no vale la pena, que él, en cambio, les dará el mundo entero, si, postrándose, lo adoran.

Nadie te ha tenido que decir que celebres tu primera misa con fervor, pero quizás, sí te puedan decir más adelante: 'Celebra tu Misa, todas ellas, como tu primera Misa'.

Lo que hoy, tu primer día de sacerdote, es verdad, será verdad siempre; dentro de diez años no serás menos sacerdote que hoy; el amor de Cristo no disminuirá con el paso demoledor del tiempo; por eso, que tu vivencia del sacerdocio en este día perdure toda tu vida, que lo que hoy has hecho, acercarte a los pies de María Santísima, lo hagas cada día, sobre todo en el momento de subir al altar, y nunca pasará por tu vida la crisis de identidad del sacerdocio.

Dos de noviembre

El dos de Noviembre es la fiesta y el recuerdo de los que nos precedieron en el paso a la otra vida. ¡Cuántos reos del Purgatorio escapan al cielo el dos de noviembre! Pero muchos se quedan, muchos aún necesitan purgar, aprender a fuerza de dolor que la sensualidad y soberbia a quienes sirvieron no eran su felicidad; con el dolor de la espera, del amor que siente ganas de volar al cielo y aún no puede, tienen que purificarse en humildad, pureza y mansedumbre. Pero este dolor tiene final; dolor fatal el otro, el que no termina, el que siempre está comenzando y doliendo, como el sufrimiento agudo, terrible que llega de improviso. El Infierno es un dolor que eternamente comienza.

Fuimos de noche al Cementerio de Tenancingo; se veía con dificultad, porque las velas junto a los sepulcros estaban agotándose, pero olía a perfume de muchas flores: nardos, rosas, claveles, azucenas.

Un cementerio cristiano nunca es triste, es un bosque de cruces sobre las lápidas que infunden perpetua y profunda paz a ese lugar; imágenes cristianas sobre las tumbas además de la cruz, parecen guardianes seguros de cada difunto; todo el cariño a los seres queridos muertos se resume en los epitafios y en las flores.

El cementerio el dos de Noviembre es un bellissimo jardín que reúne a las familias, recoge todas las flores de los jardines y eleva al cielo las más bellas oraciones.

La vocación es el regalo mayor que Dios ha podido depositar en tu alma. Te diste cuenta de que la tenías a temprana edad, y no has dudado de ella en ningún momento.

Si es el mayor regalo, eres uno de los afortunados; y, dentro de los afortunados, debes agradecer el don de la perseverancia hasta el día de hoy. Muchos que, como tú, recibieron el máximo don, ya no lo tienen; muchos felices de otros tiempos yacen por ahí arrumbados en el montón de los infelices; tú podrías ser uno de ellos; no eres mejor que muchos de los que ya se marcharon.

Aquí estás y aquí sigues , porque Dios ha querido ofrecerte un tramo más grande de misericordia; aquí estás sólo por la bondad de Alguien, no por mérito tuyo; aquí estás para agradecer por el resto de tus días la misericordia sin fin de tu Redentor.

Señor, a los que siguen en pie otórgales la perseverancia hasta el final; para aquellos, misericordia. No supieron lo que hicieron, como tampoco sabemos nosotros lo que hacemos, cuantas veces ponemos en grave peligro el don más grande, más maravilloso que nos diste.

Otra vez el entusiasmo

'El Entusiasmo'. Este divino elíxir puede transformar tu vida totalmente. Si te obligas desde el despertar a vivir, a vivir con entusiasmo, ¿cómo serán tus rezos de monje? Imposible que la rutina y el sueño se aclimaten a tu vera: oración en llamas, Celebración Eucarística ferviente, lectura de la Biblia como en el Paraíso a la brisa del atardecer... Si vibras de entusiasmo, estallarán en mil pedazos la pereza, la pusilanimidad, la melancolía y el pesimismo.

El entusiasmo es un fuego que abrasa la paja, es látigo que golpea las pasiones de la sensualidad y pesimismo, es un acelerador que obliga al motor a su máximo poder; y eso es vivir; entusiasmo es vida. Tienes que convencerlo de que se quede contigo para siempre.

Se puede llamar al entusiasmo en cualquier momento forzándolo un poco, y una vez en casa, es como abrir las ventanas y contemplar el bello paisaje, como escuchar una música celestial; es sentir vida en el alma.

Pero, cuando el entusiasmo se va, llega la noche; y no la noche de luna y estrellas, que ésta es una hermosa noche, sino las nubes negras, el frío y la niebla que obligan a cerrar las ventanas.

Piensa con pensamientos entusiastas, actúa como si estuvieras lleno de entusiasmo, y lo conseguirás.

Durar, resistir, llegar hasta el final; de eso se trata; pocos lo logran. Cuestión de reemprender la marcha una vez más, sin darse nunca por derrotado: Los que han perseverado sacaban la energía de algunos compromisos espirituales que se propusieron cumplir a rajatabla, y así fue; esos amigos cumplieron su palabra, les dieron la perseverancia; y se convencieron de que, poniendo los medios, se puede perseverar.

Tú también puedes, si te lo propones con seriedad, conquistar esa cima; se precisa querer algo con toda el alma y animarse a durar todos los días. Ahora los medios de perseverancia son todos los ratos que tienes de conversación con Dios. Eras, entonces, un niño que confiaba sin pestañear, un niño que al rezar lloraba como el más pobre, sabías pedir, llorabas pidiendo, porque sentías la máxima impotencia en ti y la máxima seguridad en Él.

¿Habrás crecido demasiado?, ¿es que ya no tienes alma de niño?, ¿es que ya no lloras cuando pides, es que tu confianza se ha roto? Te cuesta durar en los propósitos, y a ratos piensas si no será una ilusión. Pero la perseverancia es de adquisición personal. Persevera el que quiere. Por desgracia, muchas veces el querer se queda en un simple quisiera, incapaz de conquistar la perseverancia en los buenos propósitos. El que ora, persevera: Lo han dicho todos los que hicieron realidad esa perseverancia.

Amad como si todavía no amaseis nada...

'Amad como si todavía no amaseis nada'. Esta frase de un santo está saturada de inspiración.

Amad con el primer amor, ese divino fuego inocente, fortísimo, que despunta cuando se descubre de repente el objeto amado.

Vivid como enamorados de los buenos, de los que podrían mirarse a los ojos sin cansarse nunca, de los que se aman como el fuego, que es purísimo y fortísimo. ¡Qué poco entienden de esto los que creen que, tras los muros de un claustro, se encierran los amargados, los incapaces de amar!

La vida religiosa es una historia de amor; los que se consagran a Cristo deciden amarlo para siempre y con más fuerza que los del mundo; y deciden amar al mundo para rescatarlo del maligno.

Eres uno de ellos, tienes corazón, sabes amar, has elegido a quién amar, porque te amó primero a ti. ¿Quién te compadece, quién te maldice o se burla de ti? No sabe nada. Cristo es tu amor, tu grande y único amor, el que te hace feliz cada día y tiene una eternidad en el cielo para ti; nunca lo has visto y te has enamorado de Él. ¿Qué sucederá cuando lo veas cara a cara, y puedas poseerlo sin que nada ni nadie te lo pueda quitar?

"Amad más que en el mundo, amad mejor"; ¡Qué desafío! Dicen los del mundo que estamos locos, que no sabemos amar, que estamos mutilados, encogidos, amargados. "Amad más que en el mundo". Decididamente hemos aceptado el reto los que hemos dado la espalda al

mundo.

Claro que el hecho de vestir un hábito no nos da la victoria. El amor en la vida religiosa es también entrega, y la entrega es desarraigo, desprendimiento; el reto te golpea en la cara: ¿Sabrás amar más que en el mundo?, ¿estarás amando mejor? ¡Cuántas cosas en el mundo se llaman amor! ¡Cuántas que son basura, escoria, llevan etiquetado el divino y sagrado nombre del amor!

“Amad mejor”, con pureza angélica, con dolor total, con finura y delicadeza, con éxtasis.

El amor debe inundar las casas de religión, es la hoguera que mantiene encendidos los conventos. Si en ellos no se ama mejor, están de sobra, porque son reservas, son fermento, son brasas que mantienen el calor cuando el mundo se congela, y esto sucede con harta frecuencia. “Amad más que en el mundo, amad mejor”.

Todavía se nos pide más: “Amad más seres, más cosas, y estad desprendidos de todos”. El reto continúa, no termina; el amor de los consagrados debe ser una fuente que nunca se acaba; deben beber en ella el niño y el viejo, los viajeros sedientos que siguen su camino después de saciar su sed; somos fuente de amor y poseemos un agua muy pura y fresca. Quien de ella bebe torna a la fuente, se detiene y recuerda esa fuente con gratitud.

“Amad más cosas”; amad a toda la creación: amad los cielos a los que casi ni miran los profanos, amad el sol y la luna y las estrellas que hablan tan ardorosamente del amor: “Nos hizo Él; ¿no ves que llevamos su imagen?”

Amad los campos y las flores, tejidos con tanto cariño para alegría de nuestros ojos, amad las aves, los animales, los valles, los mares y ríos. Los amaneceres y las puestas del sol no pasan desapercibidos al auténtico enamorado; el viento le susurra al oído la voz del amado; las estrellas en la noche tranquila le recuerdan que su amor es eterno e

inmenso como el firmamento. Una hierba de la pradera canta a su modo que tiene su dueño.

“Y estad desprendidos de todos”. El apego contamina, el desprendimiento purifica. Amadlo todo intensamente, pero seguid adelante.

¿Por qué nos ama Dios?

“¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?...” Que el amor de Dios existe, nadie lo puede negar; que es un amor extraordinario, tampoco; pero, cuando uno se pregunta ¿por qué?, como hace el poeta, no hay respuesta.

Pero lo que interesa no es tanto saber por qué, sino saber que es un amor verdadero, personal, infinito. Si algún día Dios quiere revelar el misterio, Él sabrá; pero si no lo quiere decir, a mí al menos no me importa; me basta estar seguro de esto y aferrarme a ello: Dios existe y me ama.

Amor con amor se paga: Así como es cierto que Dios te ama, también lo es que te pide una respuesta de amor, y nuevamente no preguntes por qué; ya San Agustín se hacía esta pregunta: “¿Quién soy yo, Señor, para que me exijas que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente y con todas mis fuerzas; y que te disgustas muchísimo si no lo hago...?” Ama todo lo que puedas y como mejor sepas, y habrás cumplido.

Dios te ama; es esto tan maravilloso, tan conmovedor, porque es el AMOR con mayúscula, y no es cualquier persona.

“La Eternidad nos ama, la Inmensidad nos ama”, decía San Bernardo. Pero lo más maravilloso es que te pida el amor, que te lo exija, y no un amor cualquiera, sino con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Cree en ese amor y corresponde al amor, y no preguntes por qué, sobre todo, no quieras que los últimos versos del soneto se cumplan en ti, aquello de: `Mañana le abriremos- respondía- para lo mismo responder mañana.”

La fe mueve montañas

Siempre que tuviste fe como un grano de mostaza, se realizaron las cosas. Tuviste que adiestrarte en el arte de creer lo imposible. La corta experiencia adquirida te lanza a creer con fuerza aun mayor en el porvenir. La fe funciona.

Debes aplicar esta fe curativa a tus enfermedades del cuerpo y del alma, para sentirte sano.

Debes lanzar tu fe como catapulta contra tus temores y problemas hasta pulverizarlos.

Debes creer en tus metas, creer en tu santidad, creer en tu nada unida a Cristo. Busca sorpresas, revoluciones dentro de ti y a tu alrededor. Aplasta tus pensamientos viejos, todos los 'no sé', 'no puedo', 'es imposible' con el mazo de tu nueva fe.

Está por comenzar un nuevo día con sus problemas, incógnitas y retos; los temores viejos andan inquietos, se agarran a la presa y no la quieren soltar, pero la fe es más fuerte que el miedo.

Si crees en la fe, un día no muy lejano te verás libre de viejas cadenas que nunca pensaste superar. El hombre nuevo abre brecha en tu espíritu con fuerza imbatible; cree en ese hombre nuevo que está emergiendo de las cenizas.

La fe mueve montañas, pero sólo las que uno se atreve a mover.

Ejercicios de Semana Santa

Los Ejercicios Espirituales son un tiempo de paz, a solas con Dios, el médico que sabe de tu mal y conoce los remedios; sirven para recuperar los buenos hábitos de un cristiano, y arrancar los yerbajos que nacen y crecen entre los surcos; son un nuevo esfuerzo, humilde y confiado, para alcanzar la deseada santidad.

Todo positivo aquí. ¡Cuidado con las sombras! Ya sabes que vendrán los enemigos a tentarte, ya sabes que el pesimismo y la desesperanza se aliarán para tratar de envenenarte, ya sabes que Satanás no duerme; pero sabes también que Dios y María Santísima velan por ti.

No pidas consolación, pide motivación y fuerza para cumplir lo que está muy claro desde antiguo: Recuperar en ocho días las grandes verdades; enderezar la barca que va a la deriva, aferrarte nuevamente a tu ideal en ocho días de retiro, es una buena inversión.

Llora, pide, lucha con furia, para recuperar lo que te dejaste robar: el fervor, el amor apasionado a Jesucristo, la fidelidad a la oración; procura estar alerta a las asechanzas del enemigo: Sus armas son la rutina y el cansancio, el pesimismo, el desaliento y la desesperanza.

De todo se puede aprender: de los triunfos y derrotas, y así, poco a poco, se va logrando atrapar la cima, después de caer y arañarse y despellejarse las manos y rodillas al subir.

Ayuda sobremanera el volver a leer, con el corazón, las luces recibidas en los anteriores ejercicios: Ellas son la carta, los mensajes que el Espíritu Santo te fue mandando día tras día. Tuvieron en su día importancia grande; eran

frescos, curativos, revolucionarios y llenos de paz; pero muchos de ellos pueden tener hoy la misma frescura y el mismo fuego que tuvieron entonces; pues tú sigues siendo el mismo, con parecidos achaques y enfermedades, con anhelos y esperanzas casi idénticas, por eso las medicinas siguen curando, los consejos tienen validez.

Tal vez no es difícil dejarte motivar de nuevo y optar por la santidad, por el apostolado, pero puedes descubrir una laguna preocupante en la constancia. ¡Cuántos magníficos, sinceros propósitos están ahí, quedaron ahí, pero no se hicieron carne y realidad! Un poco más de tesón, un poco más de agallas, de pasión, de continuar la lucha a pesar de todo, es lo que necesitas.

Querer más fuerte, luchar más bravamente, confiar infinitamente más, amar sin medida. Y pensar que todo esto está en tu mano...

A los ejercicios hay que entrar de clavado. Existe el peligro de hacerlos bien o creer por lo menos que uno los hace bien, y salir ileso de los golpes de Dios; pero entrar desde el primer instante con todas las ganas y toda la fuerza y confianza es garantía de salir de los ejercicios siendo otro. Y entrar en serio significa algunas cosas: Orar hondamente, con profundas lágrimas, que manen del venero más íntimo del alma, con profunda fe, esperanza y caridad; es decir, que estas virtudes quemem, purifiquen, inunden de paz y den a gustar terriblemente o tiernamente de Dios.

Entrar a fondo es no permitirse un sólo acto de piedad flojo, es abundar en visitas sabrosas, fecundas a Cristo y a la Santísima Virgen, es arrancarse despiadadamente cualquier caparazón de pereza, desánimo o rutina con que uno venga arropado; es, en definitiva, zambullirse en ese horno de fuego y dejarse quemar, purificar, entusiasmar por Cristo.

Así debes entrar y así debes salir de los ejercicios: un

hombre diferente del que entró. ¡Qué fácilmente habías olvidado las grandes verdades de tu vida, qué dura caparazón de rutina, inconsciencia, egoísmo traías pegados a la piel; qué miserable entraste a la casa de retiros! Cuando cruces de nuevo esa puerta, serás un hombre nuevo...

Concluyeron otros ejercicios espirituales; unos ejercicios muy mojados, porque las nubes descargaron millones de litros de agua; pero también lució el sol, como esta mañana, que parecía el primer día de la creación: en un cielo muy azul brillaba el sol del Edén.

Por dentro, en el cielo del alma, brilla una luz esplendorosa, sales a la quinta semana muy en paz, con paso seguro y bien decidido esta vez a perseverar. Pero así como en otras ocasiones, te invadía un temor recóndito al futuro, ahora te invade la paz; ¿por qué temer, si a Cristo y a la Santísima Virgen les interesa más, mucho más que a ti, que seas santo? Ellos, por tanto, se esforzarán mucho más que tú en lograrlo; te irán diciendo cada día y cada minuto qué debes hacer o no hacer; fortalecerán tus rodillas cansadas cuando ya no quieras caminar; abrirán tus pupilas a las grandes verdades, calentarán tu corazón para entusiasmartelo con las metas elevadas.

Lo que es verdad en ejercicios es verdad fuera y es verdad siempre. Alimenta la mente y el corazón con esas virtudes eternas recordadas en los ejercicios espirituales.

Admirar al prójimo

Admirar al prójimo es una buena cualidad, pero puede convertirse en peligrosísimo defecto. Si se trata de admirar para inspirarte, muy bien; si es admirar para incorporar a tu persona los valores que ves en los demás, aceptado.

Pero si se trata de admirar para denigrarte o para sentirte deprimido porque las cualidades del otro brillan por su ausencia en ti, andas muy descaminado.

Con frecuencia se eleva tanto el pedestal del héroe que se queda solo; ya no resulta imitable, sino envidiable.

Y ¿qué ganas con admirar a los santos y a los héroes, si están fuera de tu alcance? Que les aprovechen sus virtudes y su heroísmo.

Prefiere un hombre más cercano a tu estatura, quizás menos famoso, menos santo, pero que pueda darte una lección, que sea imitable para ti.

Lo importante de los grandes hombres es cómo se alzaron del anonimato. Subieron escalón por escalón, como cualquier ser humano, como tú puedes subir. La distancia que nos separa puede acortarse, si persigues el mismo sistema de subir que ellos persiguieron. Sistema que sabe a esfuerzo, a tesón, a entusiasmo sin fin.

De ahora en adelante proponte mirar a los grandes hombres por el lado en que son capaces de ser imitados por ti.

Eres un principiante y estás dando los primeros pasos; Dios es testigo en esta dura tarea. Si tú has podido lograr algo de conquista de almas, ¿quién no podrá? Y ¿qué haces? Obligas a tu pobre cerebro a discurrir para encontrar un camino, y te equivocas y te corriges, pero no desistes; luchas, te desvelas, te cansas, a ratos te hartas y quisieras tirar la toalla, pero no está permitido, y bebes la amargura de la derrota o de la lentitud en los avances, y vuelves otra vez y otra a la batalla, y poco a poco caen algunos peces en la red.

Eso que tú haces: luchar y fracasar, empeñarte y arañarte y caerte de cansancio, y estirar la fe en la esquiva victoria, ¿quién no lo puede hacer? Si el tiempo que se emplea en maldecir al destino y en creer que es imposible la tarea, en trabajar se empleara, algún fruto reportaría.

Líbrenos Dios de los hombres cobardes, de los que por saberlo todo, enseñan y defienden con lógica dudosa, que es muy difícil, que no se puede ni se podrá conquistar los peces grandes. ¡Ya lo sabes!, ya lo has visto, pero tú persigues lo imposible.

Tu no eres, no quieres ser plañidera, prefieres pasar el riesgo de duro y difícil y no el de bonachón y pan dulce. Moderar es más fácil que inventar lo que no existe.

Fiesta de todos los santos

Fiesta de muchos, de muchos valientes, de muchos que ganaron a pulso un galardón eterno.

¡Cuántos son! ¡Qué buenos son! ¡Cómo quisieras ser como ellos! Pero del quisiera al quiero, media un trecho harto grande.

Quisieras ser escritor, quisieras hablar con gracia, quisieras hablar por televisión, quisieras... Por ahí andan millones llevando durante toda la vida sus quisieras en sus pupilas y en su imaginación, y los entierran así, con sus quisieras y unas palabras de tierra.

¡Cuánto quisieras tú encontrarte un día en esa fila de bienaventurados que van llenando los escaños de la gloria! ¿Será tan difícil obtener el boleto? ¿En este momento cómo andarán tus ganancias? ¿Te encontrarás un día entre los grandes?

Son de todas las edades, de todos los tiempos, y aún no concluyen las entradas; entre las que faltan está la tuya. Todavía hay tiempo de ganar un lugar, tu lugar, tu escaño vacío que te espera.

Ser santo fue desde tu infancia un sueño dorado y en tu edad madura es un sueño que no ha muerto, sigue siendo tu meta primera: A veces parece que muere, cuando te revuelcas en tu sangre con el ánimo destrozado, pero te levantas muchas veces, todas las que es necesario, y lo vuelves a intentar. Mientras duren los días, la esperanza está abierta y se puede.

El sacerdote, en su explicación más profunda y anchurosa, no es sino la reproducción del mismo Cristo. Produce inmensa satisfacción saberlo: Ser otro Cristo en este mundo es la tarea más bella y fascinante.

Tú haciendo el papel del Hijo de Dios, cargando sobre tus pobres hombros los poderes de consagrar y perdonar; porque esto lo has hecho y lo sigues haciendo a diario. Pero a medida que te alegras, te entra hasta las raíces del alma un temor profundo, la indignidad sale a flote como las cucarachas cuando se difunde un detergente en aerosol. Eres un pobre ser humano, ¿cómo no temer, y temer con razón?

No sabes si adentrarte en el temor o dejarte invadir por la alegría; quizás debas hacer ambas cosas; cuando la depresión te ahogue, pensar que por muy miserable que te sientas, tienes poderes divinos; y cuando el incienso de lo celestial trate de emborracharte, entrar en el agujero del que saliste.

Todos sienten lo mismo. Ya no detenerte, sino armarte de coraje y salir a las calles a perdonar en nombre de Cristo, a celebrar Misa en nombre del Redentor, y por la noche desde un rincón arrodillarte y suplicar, como el publicano, que tenga piedad de ti.

Dios te necesita

Dios te necesita, porque ha querido necesitarte, y, porque te necesita, te lo está pidiendo desde el día que te llamó por tu nombre.

Cada día te vuelve a recordar que tiene necesidad de tu tiempo, de tus cualidades, de tu persona. Sin falsa soberbia, con humildad verdadera, entiende que, si Dios te necesita, lo mínimo que debes hacer es ponerte a su entera disposición; le debes tanto, le has costado tanto, que tu gloria consiste en corresponderle un poco; y debes sentirte tan humildemente grande, tan profundamente feliz de poder ayudar a un Dios Todopoderoso y en una tarea eterna.

Es como si Dios te pidiera ayuda para mover una estrella, para componer una galaxia; más que eso, es para salvar un alma inmortal que vale más que todas las estrellas y galaxias juntas.

Tú le ayudas a Dios, le ayudas; y, si no le ayudas, Él no puede, no puede solo. Dile con profunda convicción: "Aquí están mis manos, aquí están mis pies, aquí está mi lengua, déjame ayudarte, Creador de mundos; enseguida vengo a echarle una mano, Redentor de las almas".

Hay un puesto para ti entre los grandes

Hay un puesto para ti entre los grandes. Créelo, ámalo, lucha por conquistarlo. Puedes: Han podido miles antes que tú. ¿Qué medios han utilizado? Creer, querer, resistir. Tres cosas que están ahí, al alcance de la mano, y que puedes usar tú también.

Creer: estar seguro, cierto, terriblemente cierto de alcanzar una meta; hay que empezar por ahí. Ni una duda, ni una vacilación, y cerrar a cal canto los oídos a las voces de los incrédulos, de los timoratos, de los consejeros a sueldo.

Querer: desearlo apasionadamente, tener hambre y sed insaciable de esa meta, soñar en ella, ansiarla, quererla tener en la mano. No es: 'quisiera', 'me encantaría', 'me muero de ganas'; no es la mera ilusión somnífera de poseerla, es un quiero rotundo, total, sin escapatoria.

Resistir: aquí te quiero ver. Si comienzas a dudar, porque tropiezas; si te quieres regresar, porque te cuesta trabajo, si miras atrás con temor y hacia adelante con susto, tú no quieres, no vales, no resistes.

Hay un puesto para ti entre los grandes, recuérdalo. ¿Puedes?, ¿te atreves? Si me dices que eso no es para ti, que tú no naciste para eso, que....., ya no me digas más, sigue en la bola, en el rebaño de los mediocres y, buen viaje; yo voy por otro lado.

Todos necesitamos renovarnos: La rutina y el cansancio nos muerden a todos; caen polvo y telarañas sobre los más sagrados ideales; la escoba, el trapeador y el sacudidor son herramientas que, de cuando en cuando, debemos usar para volver a ser, volver a vivir, volver a sentirnos nuevos y frescos.

Los retiros espirituales de cada año tienen esa finalidad, refrescan la vida que pudo en el transcurso de muchas jornadas quedar parálitica. Se busca vivir y vivir en plenitud. Los retiros reviven a quien anda moribundo. ¡Cuántas veces te han arrancado a ti de una anemia prolongada, te han inyectado vida y fervor!

Vuelve, peregrino, al fervor de los primeros tiempos; no te dejes robar sin sangre y lucha la herencia mejor; reza si quieres vivir; dobla la rodilla para que en el campo de batalla puedas ganar; renuévate, si no quieres morir.

Todas las cosas más bellas y sagradas, si no se renuevan, acaban por morir. El amor se muere en muchos matrimonios, la vida consagrada se marchita si no se renueva con el agua de la oración. Una buena parte de la existencia consiste en renovar, refrescar, en echar nueva leña a la hoguera.

Es dramática, muy dolorosa la experiencia de tantos hombres y mujeres que empezaron muy bien un camino, un trabajo, una meta grandiosa, pero, por falta de tesón y perseverancia, acabaron en bancarrota material o espiritual.

Para durar hay que manejar el arte de saber motivarse y seguir motivados como al principio. Es un arte que pocos dominan, y estos pocos no tienen competencia, pues logran sus metas, mientras los otros, los inconstantes, se quedan tirados en la cuneta.

No importa cómo vienes

No importa cómo vienes al retiro, sino cómo quieres salir. Es cierto que debes conocer cómo anda tu organismo espiritual, pero importa mucho más cómo quieres estar en unos días, y cómo quieres salir. Te pregunto derechamente: ¿Cómo quieres salir?

Sé ambicioso, el pasado conviértelo en motor, no en un triste recuerdo nada más; cuanto más te duela el pasado más coraje imprime a tu futuro. ¿Quieres ser un santo? Se puede. ¿Quieres ser un gran apóstol? Puedes.

Piensa que tus días por venir no están manchados por nada, están blancos; con ellos puedes construir un porvenir de santo, muchos lo han hecho; tantos que hicieron mucho mal, que fueron pecadores de calibre, como tú, pero quisieron cambiar. Cuestión de decidirse, y decidirse hoy. Hoy que sientes asco y repugnancia de la vida ya pasada, y que sientes ganas, muchas ganas de cambiar.

Hay tiempo de hacer el necio y tiempo de hacer el santo. De lo anterior ya hiciste mucho; ahora te toca cambiar de registro. Pero no se debe insistir, tú sabes lo que haces con tu vida; es tuya, pero, por si te ayuda, ahí están esos pensamientos que a otros les hicieron cambiar de rumbo.

Consignas para un retiro

Entraré del todo: Entrar de clavado, no como quien se moja un dedo, quiere decir: sumergirse plenamente en el silencio, estar decidido a todo, incluso a la conversión total: Riesgo, aventura, susto y fe al mismo tiempo.

Alguna vez tienes que jugarte el tipo, si quieres ser santo; hay que pensar las cosas un rato, lo necesario, y luego decidir para toda la vida sin retorno y sin nostalgia. Entrar a Ejercicios dispuesto a quemar toda la escoria, dispuesto a renovarte de raíz, decidido a salir completamente nuevo.

Estaré solo: Permanecerás solo, solo con Dios y tus pensamientos. Te estorban los ruidos, las preocupaciones, los otros. Hoy necesitas todo el tiempo para ti solo, si quieres dar luego a los demás un tiempo más noble y más valioso.

La soledad te enriquece y te hace entrar en tu cueva en donde puedes tomar las grandes decisiones. En el silencio han decidido muchos la aventura de la santidad.

Saldré otro. Tienes que desearlo con todas las fuerzas: debes querer ser otro, ser distinto; la farsa y la mezquindad aburren. Mucho de eso has tenido; no quieras reeditarlos; no edición corregida y aumentada, sino refundición total.

¿Qué piensas hacer de tu vida?

¿Qué piensas hacer de tu vida? Esta pregunta debe plantearse en la juventud, pero no suele hacerse; se hace más tarde, cuando ya se ha vivido un buen trecho, cuando duele mirar hacia atrás.

Aún es tiempo, sin embargo, de vivir mejor el resto de esa vida; porque siempre hay algunos que, al final, cuando ya nada puede remediarse, hacen un examen crudo de la existencia y, ¡a buenas horas! quisieran vivir de manera radicalmente distinta; tarde aceptan que la vida se vive una sola vez, y no hay recambios ni segunda vuelta.

Antes, se pudo hacer todo, cambiar todo, pero no se quiso; y ahora, cuando ya nada se puede, quisieran cambiar.

Hoy todo es posible, porque la vida continúa; mañana será ya tarde. ¿De verdad te interesa un cambio? No lo dejes para mañana; hoy es el día de las oportunidades. ¡Qué triste procedimiento ese de dejar las cosas para después, para mañana, para nunca!

Tú puedes ser uno de esos que, cuando pudiste, no quisiste, y cuando quieras, ya no puedes. Haber vivido los años que tienes, hace más perentoria la necesidad de un cambio radical, si de veras quieres lograrlo. Hoy o nunca.

Una gran oportunidad

Un retiro es la gran oportunidad para salir del hoyo profundo en que estás empantanado; te llega el agua hasta la cintura, quizás hasta el cuello; sientes que te ahogas, que no puedes hacer pie.

Oportunidad para recuperar la paz de tu alma enferma. Sin paz en el corazón, la vida es más parecida a la muerte que al vivir. ¡Cuántos muertos caminan por ahí! La paz de tu mente la tiene Dios; en este retiro puedes recuperarla con una buena confesión. Se da gratis, pero hay que pasar por el vestíbulo de la sinceridad y el arrepentimiento para obtenerla de nuevo, para renovar el impulso hacia una nueva vida.

Yo he visto en Ejercicios espirituales renacer a muchos hombres espiritualmente muertos, he visto renacer el anhelo de vivir una vida mejor; los Ejercicios son la gran oportunidad de tomar tu pasado y purificarlo; de tomar tu presente y convertirlo en acción; tu futuro para transformarlo en esperanza.

Has venido, eso es lo importante; no importa cómo vienes; aunque vengas muerto o muy enfermo; has venido. Lo que importa es cómo quieres salir. Deséalo terriblemente, hazlo oración atormentada y sincera, confiada; así facilitas al Médico divino la curación; que te haga un buen provecho. Recuerda cómo vienes, para que veas cómo sales.

El mejor modo de ser feliz

“Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansa en ti”. Esta fórmula encierra el secreto. Todos los caminos se han recorrido en busca de lo mismo: la felicidad; y de todos han vuelto sin respuesta, muchos, muchísimos hombres; sólo los santos nos han dicho algo diferente: “no me arrepiento”. Luego, ¿han hallado lo que otros no? Tal parece: son felices. Y, ¿por qué?

Porque han servido al mejor Señor, que los ha convertido en reyes; porque han salido de su cueva a mejorar el mundo; han amado a su prójimo, han dejado atrás su sucio egoísmo, han vivido de fe y amor, han luchado duramente por mejorar su vida, la han hecho más pura, más fuerte, más generosa; éstos son los felices. Quién lo creyera, porque han quebrado y hecho pedazos todas las reglas de la lógica humana: Han matado su vida para vivir.

¿Eres feliz? ¡Qué pregunta! Me interesa la respuesta. ¿Qué te falta para serlo? ¿Qué te sobra? Tú que sabes la fórmula para dársela a otros, aplícatela a ti mismo; no tienes que buscar en los basureros, pues tienes la mesa servida, y gratis, pordiosero empedernido.

El mejor modo de valer para algo

“El mundo espera el paso de los santos” —dijo un sabio, Pablo VI—, porque los demás arreglan, si es que arreglan, los problemas materiales: pan y circo; pero el hombre requiere de curación para su alma, doctores del alma que sepan manejar la medicina celestial: Los santos la tienen y la dan; dan a Dios y con Dios, la paz íntima, el por qué de la vida y de todo el peregrinar humano; ofrecen fortaleza y amor. Ellos mismos, con su ejemplo, ofrecen un estímulo a superarse, a elevarse del barro para volar a las alturas.

Necesitamos el paso de los bienhechores de la humanidad. Si tú te ofreces a ser uno de ellos, la humanidad ganará mucho; dales a Dios, dales el pan del cielo y el agua viva del Salvador, redímelos, purifícalos, perdónalos para que lleguen un día a la felicidad sin fin.

Si no eres santo, poco les interesarás, muy poco harás por ellos; los políticos muy rara vez aman a su pueblo: Si prometen oro, les dan miseria; los filósofos piensan hoy con mente cansada, y no atinan con las soluciones; los teólogos de taquilla y aún los de buena raza, alimentan los intelectos en las universidades; el hombre necesita raciones fuertes de Dios, y sólo el santo las tiene.

La mejor manera de ayudar a los demás

La santidad es la mejor manera de ayudar a los demás. Hay que mirar alrededor y contemplar que hay más almas que estómagos hambrientos; la desesperación es plaga que se ramifica más y más; no raras veces termina en suicidio, en asco de vivir, en vacío existencial; muere cada día más hombres y mujeres condenándolas a la nada. Un estómago se sacia con un buen pedazo de pan; un espíritu hambriento requiere de algo más substancioso.

Los santos tienen mucho que ofrecer a este pobre mundo moribundo, tienen el alimento de los espíritus, porque están conectados con las riquezas celestes, son canal de las mismas. No sé cuántos santos ha tenido nuestro siglo, sé que algunos muy buenos, pero no parecen suficientes, hay que agrandar el número. Pobre siglo XX, tan rico de tecnología y tan muerto de hambre en el alma.

¡Qué oportunidad tan magnífica para practicar la misericordia con tanto pobre hombre! Cristo camina por las calles y los caminos muerto de hambre y de sed, pobre y mal vestido, enfermo de gravedad, la mano extendida a los transeúntes. Cristo tiene hambre, mucha hambre, en tantos hermanos de sangre.

Tu misión en la vida

Tu misión en la vida es la mejor de todas; porque haces las veces de Cristo. Ser otro Cristo en la tierra, realizar las mismas tareas que Él, vivir una vida lo más parecida a la suya, salvar almas, glorificar a Dios.

La misión no la buscaste tú, te la dieron graciosamente por amor. Tómalala con respeto y lánzate a vivirla en plenitud. ¡Envidiar otras tareas, otras misiones! Miope debes estar para embrujarse con el trabajo del joyero y del empresario; la joya preciosa la tienes tú, y la empresa mejor es la tuya; el afán de desear las peras del huerto vecino, aunque las del tuyo sean mejores, es una tentación muy humana.

Aprende a valorar y amar lo que verdaderamente importa; deja encandilarse a los otros por las cosas que pasan y nada dejan, aférrate a lo eterno, a lo que llevarás contigo, cuando cruces la frontera.

Cristo vivió los 33 años de vida humana más ricos y maravillosos que jamás se hayan vivido, y los llenó de amor, de obediencia, de las grandes virtudes; los vació de todo lo que constituye gran ganancia para los hombres. Hay muchas vidas que se parecen a la suya: son las vidas de los mejores.

El amor es más grande

El amor de Cristo es más grande. Esto es lo que afirmarían más fuertemente los grandes pecadores perdonados, convertidos.

San Pedro negó a Cristo públicamente tres veces, y fue perdonado. ¡Qué poca penitencia le exigieron: tres veces "Tú sabes que te quiero"!

Agustín cometió muchos y gravísimos pecados, y está perdonado; es un gran santo.

María Magdalena fue una pecadora pública, una prostituta...y, con el amor mismo con que pecó, purificado, se convirtió en una gran santa.

Judas tenía perdón. Cristo le perdonó, pero Judas no quiso confiar. -"He entregado sangre inocente". "Demasiado pecado - pensó-, pecado que no tiene perdón". Pero se equivocaba. Sí tenía perdón.

Te equivocas cuando crees que tú tampoco tienes perdón, porque algún pecado tuyo ha superado con mucho la medida. Tienes solamente que pedir, con humildad, perdón.

El amor de Cristo ha superado todas las marcas; la misericordia de Cristo no tiene orillas ni fronteras; es mayor, infinitamente mayor que todos los pecados que has cometido y que puedas cometer en el futuro.

Si desconfías, te equivocas, como se equivocó Judas. Si confías, aciertas, como ese innumerable ejército de pecadores convertidos.

¿Me salvaré o no me salvaré?

¿Me salvaré o no me salvaré? Esta es la pregunta que se hunde en la conciencia como una espada afilada; es lo único que importa; importa ganarlo aún a costa de perder todo lo demás; todo el resto, sin la salvación, es nada. Pero la lógica se muere cuando se aplica a esta realidad, porque lo lógico debería ser aborrecer lo que roba y mata la salvación; lo lógico debería ser matarse por lo que me lleva a dicha salvación.

Mas la realidad desmiente a esa lógica: El otro mundo pondrá al descubierto la desgracia de miles que se taparon los oídos a toda sugerencia de conversión. Dinero, placer, libertinaje, eran la trilogía del éxito.

Dios era farsa, idiotez y pamplina, alimento de viejas y beatas. Mudos están, mudos de horror ante el que oyó todos sus improperios: Ahora le toca a Él decir la última palabra, palabra de condenación. Quizás ni sea necesario pronunciarla; una mirada basta para callarlos para siempre y lanzarlos al abismo.

Debes considerarte capaz de todas las aberraciones; por eso invoca hoy y siempre a la Divina Misericordia para que se digne perdonarte, de lo contrario, estarás eternamente perdido. La Cruz del Calvario es el faro que guiará tu nave al puerto de abrigo de la vida eterna.

¿De qué sirve ganar todo el mundo?

“¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”. La frase la dijo la Verdad. Muchos que se esfuerzan en ganar el mundo, no mueven un dedo por su salvación eterna: son héroes en ganar dinero, poder, prestigio; hacen lo que hacen los santos, el mismo heroísmo, pero por otro dueño, por ganar un cielo para este mundo. Son inteligentes, bravos, luchadores, pero no quieren reconocer que su esfuerzo es por una cosa pasajera.

Lo lógico sería trabajar, al menos con idéntico valor, por la vida eterna, por los bienes que duran para siempre; la mayoría de las veces, este luchar por la material, hipoteca lo eterno: Se hinchan el estómago por unos años para sufrir una cruda moral por la eternidad. Sólo porque el cielo no se ve y no se palpa. Pero un día comprenderán su desatino: “Cuan presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor...”

Tengo verdadera curiosidad de ver la cara de un ateo al otro lado del puente. Es tan fácil gritar obscenidades contra Dios en este mundo y proclamarse ateo de solemnidad, pero ya les quiero ver, quiero verles gritar en la cara de Dios lo que aquí gritaron: ¡Dios no existe!, porque ellos lo dijeron.

Elegido y consagrado

Eres un elegido y un consagrado, ¿no lo sabes?, compréndelo, asústate y disfrútalo. Como la luz del sol es verdad; no has hecho nada para merecerlo y mucho para perderlo, pero lo tienes, eres un elegido, un predilecto. ¿Te quejas, estás triste? Eres hijo de Rey, y suspiras por las gachas calientes del pordiosero. ¿No anhelabas algo muy grande para tu vida?

Envidias al pobre transeúnte, al de la acera de enfrente porque bebe a sorbos en el aljibe de agua turbia; te sabe el agua podrida a dulce maná, sueñas en las peras del huerto vecino sabiendo que las tienes mejores en el tuyo. ¡Pobre hombre!, no quieres comprender, estás a punto de repetir el gesto de Esaú, unas lentejas por tu herencia de hijo de Dios. ¡Buen provecho! Esas lentejas te produzcan tantas agruras en el estómago que aprendas por fin la lección.

Un día vas a llorar, vas a llorar a mares lágrimas amargas, porque no comprendiste tu grandeza; pero demasiado tarde. Dios te ha invitado a una mesa celestial no para comer lentejas; vino para ofrecerte manjares succulentos y la vida feliz y sin final.

Está en el mundo, pero no es del mundo

El religioso es un hombre que está en el mundo, pero no es del mundo. Se puede vivir dentro del mundo entre las cuatro paredes, pero pertenecer a otra raza y a otra civilización.

Ser del mundo significa exactamente lo contrario de ser de Dios; y Dios es puro, es santo, es amor; el mundo es impuro, pecador, está lleno de egoísmo, y así son, así se detectan sus hijos, por el olor se descubren, huelen a carroña, a detritus, a muladar. El religioso que oliese a dichas cosas ya se habría convertido en parte del mundo, pero si huele a cielo, es que es de allí. Los santos tienen el olor de Cristo, que es inconfundible con el del mundo, un olor a azufre, a vampiro infernal.

No es fácil transitar por los caminos del mundo como caballero de Cristo, porque a ambos lados del camino se dan cita ilusiones y sueños multicolores y no pocos engaños. Pasar sin dejarse atrapar requiere no poco valor.

Así es el religioso: un ser de otro mundo que, al pasar por éste, invita a la imitación de Cristo pero también es invitado a la mala vida, a la vida del mundo; algunos empiezan la travesía como cristianos y terminan pasándose al otro bando; tú estás en la travesía, sientes las ilusiones del mundo, pero convence mucho más Jesucristo.

Propagandista de los bienes eternos

¡Qué difícil es entusiasmar a la gente con un mundo, por maravilloso que sea, que no se puede ver ni tocar ni oler! Tal es el cielo. No hay felicidad más maravillosa y que, además, es eterna; pero los hombres prefieren el mundo de cosas materiales, este paraíso terrestre; por él se matan, por él se parten la cara: por el cielo muchos no apuestan ni una peseta, no les importa.

Lo triste es que, cuando lo vean a un paso de distancia, querrán arrebatarlo como arrebataban las propiedades terrenas; pero demasiado tarde, porque la moneda del Reino no es el peso o el dólar o las pesetas, sino las bienaventuranzas.

El religioso debe poseer, no obstante, la genuina cualidad del vendedor; debe saber vender la vida eterna a estos mercaderes de materia. ¿Cómo les convencerá? Se tiene que poder. Él mismo es una propaganda, un argumento, un tizón encendido que les abrasa la conciencia: o loco o verdadero; aún los que le consideran loco, sospechan que tal vez tenga razón el frailecico; por eso a la hora de la muerte, cuando se derrumba todo su castillo material, le llaman para reconciliarse con uno a quien nunca quisieron aceptar y reconocer.

Glorificador del Padre

Cristo vino a este mundo a realizar dos tareas: salvar al pobre hombre y reparar la gloria ultrajada de Dios; ni más ni menos tiene que hacer el sacerdote, por ser el continuador de Cristo: glorificar al Padre, devolverle la gloria que el hombre le robó en el Paraíso y fuera de él.

Si el pecado es el gran ladrón de Dios, el sacerdote glorificador debe declarar guerra a muerte a dicho pecado a todas horas y donde quiera que se encuentre; ha de arrancarlo de sí mismo y del corazón de los hombres. La forma y la estrategia consiste en ser santo y convertir en santos a los hombres pecadores.

Satanás es el antiglorificador; por ello alista y contrata jornaleros a destajo para robar a Dios su honra; muchos disfrutaban del salario de Satán; al parecer les paga bien, aunque, en realidad, los engorda para luego degollarlos.

Tú militas en las filas de Dios; eres sacerdote, tienes como santo y seña hacer la guerra a Satán y a su comparsa. Algo habrás realizado ya en tus primeros años de presbítero, pero han sido, tal vez, solo arañazos; debe correr sangre y rodar muchas cabezas de enemigos. Has luchado con alfileres, debes emplear tanques, aviones y misiles desde hoy.

La otra gran tarea del sacerdote es atrapar almas, arrebatárselas al enemigo y regresárselas al dueño que las hizo. Y se salvan con sangre, con dolor, volviendo a ser sacrificado Cristo en sus sacerdotes. No hay mejor condecoración ni mejor forma de presentarse ante Dios que llevar un manojo muy grande de esas rosas, que crecían en

el huerto de Satanás; para Dios valen mucho, pues dio por ellas un precio muy alto: su misma sangre.

“No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en su Reino”, sino el que lleve muchas almas, el que corte muchas rosas y las lleve a la presencia del Señor. ¿Cuántas estarán apuntadas a tu nombre en el libro de la vida? Esos son tus títulos de nobleza ante la corte celeste. Toda la vida deben aumentar tus presas hasta llenar el cielo.

Se extiende ante ti el ancho mundo, esa mies amarilla, madura para la siega; tienes en las manos la hoz en espera de segar esos tallos de espiga. Mete la hoz, segador, haz gavillas numerosas de tanta mies; trilla y tritura los granos en el molino, para saciar las bocas hambrientas de pan.

Felizmente y para siempre

Soy de Dios felizmente y para siempre. El que pueda decir y sentir esto, y que sea verdad, ya no necesita más, ha logrado el máximo anhelo, la cima más alta de la vida.

¡Quién pudiera decirlo, sentirlo y que fuera verdad!: Soy de Dios, pertenencia suya, nada mío, todo de Él, esclavo, siervo, hijo, consagrado". Él lo sabe: Tu vida con todo lo más rico, más bello, más tuyo lo has puesto en sus manos; la máxima esclavitud, la más ardientemente y profundamente ejercida se convierte en la felicidad más grande. Los santos lo saben, lo empezaron a saber desde este mundo, desde que se despojaron de sus ricas ropas y se vistieron el sayal del siervo. "Mi Dios y mi todo" es una frase que decían en un suspiro de amor.

Pero tú quieres a veces, locura terrible, recuperar tus honores, dignidades, tus alhajas, porque piensas que perdiste demasiado en el trato con Dios. ¿Quién te ha engañado de ese modo, para romper el trato maravilloso que hiciste en la vida? Las buenas artes no deben destruirse; convéncete cada día más de que haber dejado todos los bártulos por una perla valió la pena. Enamórate de esa perla preciosa y desprecia cada día más las baratijas que por ella diste; que nadie te engañe, te convenza de que un vidrio roto de botella vale porque brilla.

Si tú también puedes decir: "Mi Dios y mi todo", no necesitas de nada.

"Venid, benditos de mi Padre"

'Venid, benditos de mí Padre, a tomar posesión del Reino de los Cielos'. Las palabras más bellas que pueda Dios decir a una criatura son éstas: 'Venid': la invitación personal a acercarnos sin temor; venid a mi mesa, venid a mi huerto, entrad en mi amistad.

"Benditos de mí Padre": Tener la bendición de Dios en la vida es la máxima seguridad, porque esa bendición transforma tu vida entera en una amorosa felicidad.

"A tomar posesión del Reino de los Cielos": Te daré la mitad de mi Reino, te doy mi Reino, se nos dice aquí; el Reino de Dios, ¡qué grande es, qué hermoso es, qué tuyo es! Aquí tienes la llave, pequeño príncipe del gran Reino. Te sonaba muy exigente el precio, porque te hablaban de cruz y renuncia, y ahora que eres dueño del castillo, ¿qué opinas? ¿Barato, muy caro, inefable? 'Juego de niños', dijo uno del precio, cuando se lo mostraron, aunque lo maltrataron como a un mártir, y apostó por ese Reino; nadie se lo pudo arrebatar.

¿Por qué luchas en la vida? ¿Por qué te matas y trabajas y oras? ¡Qué rico eres y qué rico vas a ser, cuando te entreguen las llaves de un Reino eterno! Tienes que saber esperar y luchar y morir por ese Reino.

Nació en unas pajas

¿Quién duda del amor de ese Dios a los hombres?
¿Quién es ese Niño tierno, frágil, impotente? Esas manitas
crearon el mundo con todos los seres que encierra.

Sobre unas pajas, en un pesebre de animales, en una
cueva, ante el frío y la oscuridad de una noche de invierno;
sin lugar en la posada, sin una ropita para envolverlo por
culpa del decreto de un emperador que vivía en la lejana
Roma, de padres muy santos, pero muy pobres, arruinados
descendientes de David. ¿Por qué esa cueva? ¿Por qué
tanta pobreza? ¿Por qué, Señor? El que pueda entender
que entienda: Todo en ese portal habla de amor, hasta las
telarañas y los animales gritan al hombre que ha llegado la
salvación para él.

Voy a entrar a besar esas pajas, a besar el pesebre,
besar las paredes, besar la tierra y dar gracias por toda la
eternidad.

Esa noche el cielo bajó a la tierra y puso sus reales en
una cueva de animales; el Amor se hizo Niño pequeño, se
hizo débil, se hizo tierno, se hizo carne; carne como la
nuestra, carne que llora y sufre y tiene frío, pero carne de
amor.

Dios es Amor Encarnado.

¿Por qué hoy no?

San Agustín retaba a los paganos que retrasaban su conversión con semejantes palabras: 'Si ya lo has pensado, si ya lo tienes decidido, ¿a qué esperar? Hoy es el día, ahora mismo; no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy'. Dejarlo para luego es exponerse a dar marcha atrás; no todos los días estás decidido, no a toda hora estás preparado para este paso'.

Pero no daban el paso, por temor a un cambio demasiado brusco; y, al verlos indecisos y afirmando que lo harían cualquier día, arremetía con una lógica de espada filosa: 'Si ahora no te animas, ¿por qué dices y crees que lo harás algún día? No estés tan seguro, te costará más que hoy; quizás no tengas ya deseos del cambio; las fuerzas contrarias volverán a la carga'. ¿Por qué dices que alguna vez lo harás?, ¿tendrás oportunidad?, ¿seguirás con vida mañana?, ¿te dará Dios la gracia de la conversión? Teme a Cristo que pasa y no vuelve.

Al demonio le encanta ilusionar a la gente y engañarla con la conversión de mañana; a Dios le gustan las cosas hoy y ahora: Hoy es el día de la conversión. "Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis el corazón".

Se fue el dos mil

Se fue el año dos mil, se fue para no volver. Se han ido muchísimos años y todavía no has logrado tus metas, cojeas del mismo pie; heridas abiertas de tiempo atrás siguen purulentas, sin curar; se han añadido otras enfermedades, y no parecen fáciles de curar.

Mientras hay tiempo todo se puede remediar, todo puede cambiar. María Magdalena un día decidió cambiar. Zaqueo otro día se hartó de su vida pasada. El buen ladrón, Dimas, lo decidió el último día de su vida; en las últimas horas. Lo malo es que los minutos sigan acabándose, y uno no se decida a dar el cambio. Pude y no quise. El mal ladrón, Gestas, pudo y no quiso. Judas pudo y no quiso. Y, como ellos, miles y miles.

¿Por qué no lo hiciste? No hubiera sido tan difícil. Pudiste hasta el último momento, pero hasta el último momento no diste el brazo a torcer. ¿Por qué? ¿Por qué? Ya es demasiado tarde.

El dos mil terminó y, con él, una buena parte de la vida. Apúrate si es que de verdad quieres llegar a alguna parte; las oportunidades vuelan como los años, decídate hoy, ¡hoy cambia!, ¡hoy arranca!, ¡hoy comienza una nueva vida! Dilo a los pies de este árbol viejo del dos mil, dilo al comienzo de un nuevo año, y estarás preparado.

Un tercio de vida

“Yo sé que toda la vida humana se gasta y se consume bien o mal, y no hay posible ahorro: los años son éstos y no más, y la eternidad es lo que sigue a esta vida: gastarnos por Dios y por amor a nuestros hermanos en Dios es lo razonable y seguro.”

También tu vida se gasta y se consume bien o mal; quisieras decir que bien, pero no puedes; muchos años se han consumido en la ceniza, no queda de ellos casi nada; claro que también quedan atrás algunos años mejor aprovechados: son los que te animan a seguir viviendo, a seguir luchando.

¿Qué hacer con los que quedan por delante? Dejarse arrastrar por la pendiente de la mediocridad y llegar al último día con las manos vacías, es una posibilidad aterradora.

La vida continúa, no se detiene, las llamadas se van sucediendo en espera del anhelado cambio. Una gracia será la última. Después, no habrá más; comenzará la eternidad.

Te ves a ti mismo llegando al postrer suspiro, después de una vida ni buena ni mala, con tu alforja casi vacía, llorando a mares, anhelando disponer de un poco más de vida, tan sólo unos cuantos años para recuperar el tiempo tan vilmente perdido, pero demasiado tarde. El tormento más duro, que te roerá las entrañas ya lo conoces: pudiste ser santo y fácilmente, pero no quisiste, no quisiste serlo.

Retiro tras retiro tratabas engañosamente de convencerte de que ahora sí y ahora sí, pero nunca fue.

Ahora estás en un retiro de tantos en que te estás animando a ser santo, a redimir el tiempo, aprovechar bien el tercio.

Queda un tercio, si no recortan los años, un tercio que se va consumiendo inexorablemente, ¿qué te propones realizar con ese tercio? Gastarte por Dios y por amor a tus hermanos en Dios es lo razonable y seguro. ¿Lo harás? Si no lo haces, estás eternamente perdido. No hay recambio de vida, no hay vuelta atrás; lo pasado escrito está para bien o para mal; no hay posible ahorro: los años son esos y no más.

Y esto te obliga a alguna conclusión: a un cambio radical, a no desperdiciar ni un minuto del resto de tu vida.

Señor, si el hombre es capaz de dejar pasar la vida sin sobresalto ni cambio radical, Tú, que eres su creador, el que le dio esta vida, Tú que le amas tanto, ¿lo vas a permitir?

Crucificar a Cristo

El pecado ha crucificado a Cristo: el pecado es terrible, terrible: un Dios crucificado, azotado, escupido, golpeado; terrible. No hay palabras; el corazón prefiere callar: sólo el amor de un Dios pudo permitir esto a los hombres: realmente los amaba; ¿Pero todavía puede un hombre condenarse cuando Dios lo ama tanto? ¿Habrá realmente gente en el infierno? Sí consta que hay gente allí: hay ángeles convertidos en demonios; lo lógico es que también haya hombres; si se quiere, únicamente los que despreciaron hasta el final el amor y la redención.

El pecado dispara al hombre hacía el infierno, lo arroja del Paraíso; por donde pasa deja una desolación de muerte, arrasa con todo, mata todo brote de vida; sólo si pasa detrás la sangre de Cristo, ese valle de muerte recupera su esplendor.

El paso del pecado por una alma es desolador, pero el paso de Cristo Redentor por la misma alma resucita todo: 'Yo soy la resurrección y la vida'. Muchas almas se parecen a Sodoma después del fuego del cielo: se eleva de sus ruinas el hedor de los cadáveres y el humo de los tizones.

Es necesario el paso de Cristo por tantos valles de la muerte, para que la vida surja de nuevo. ¿Fuiste un valle del Paraíso o un valle de la muerte?

La mujer caritativa

Es admirable ver a una mujer que pone en juego todas las cualidades que Dios le dio al servicio de los demás: abnegación, servicialidad, delicadeza, sencillez, amor.

Puedes encontrar personas que no te caigan bien por su físico, sus gustos, defectos, su carácter incompatible. No te alarmes. Es rarísimo que todos te caigan bien y que a todos les caigas bien. Reacciona viendo en cada persona a Jesucristo. "Todo lo que hacéis a los demás, me lo hacéis a mí".

Para amar a ese Cristo rompe los prejuicios, machaca los egoísmos, no te dejes enredar por simpatías o antipatías. Habla con todos, haz el bien a todos, ayuda a todos...

Un consejo: Fíjate en lo bueno que cada uno tiene – siempre será mucho- y olvida, entierra, sus defectos, sus errores...

Tu rostro pertenece a los demás: Sonríe siempre que puedas; no exhibas tus penas en público. A los demás regálales lo mejor que tengas: un rostro sereno, alegre, amable, tu simpatía, tu buen humor, las experiencias más nobles, tu amor a Jesucristo, tu buena educación etc.

Y, si alguna vez surge un roce, pide humildemente disculpas y restaña la herida.

¿Qué decir de los enojos, de no dirigirse la palabra, de alimentar rencores, críticas, o la simple indiferencia en el trato? Eso nunca, por favor.

Si quieres, puedes curarme

Esta breve y sincera oración quería decir muchas cosas a Jesús: "¿Qué te cuesta, qué le cuesta a quien ha creado un mundo de la nada curar un cuerpo enfermo?"

Hoy te presentas ante Él con el cuerpo y el alma enfermos: Eres la impotencia suplicante de rodillas ante el que lo puede todo. Si quieres... ¿Querrás? ¿Tendrás que pensar mucho si devuelves la salud a un desgraciado? ¿Puede tu amor resistir que un alma salida de tus manos en un gesto de amor, se pierda para siempre? ¿Querrás? ¿Puedes curarme?

Más que decírselo a Él, que lo sabe muy bien, debes decirlo y gritarlo a ti mismo, para estar cada vez más seguro de que puede, de que no le cuesta. Si te piden fe, di que la tienes; no tienes salud pero tienes fe, toda la que necesita el milagro para hacerse realidad, pero aumentala hasta que se convierta en un grano de mostaza; entonces moverás montañas.

"Si quieres, puedes curarme". Sabes que quiere y sabes que puede; por eso de un momento a otro sentirás sanos tu cuerpo y tu alma. 'Quiero, queda limpio': esas palabras anhela tu alma.

Y quedó curado el leproso. Así quieres quedar tú curado, el otro leproso del alma. Quieres sentirte limpio y puro, sentir tu alma de niño, como cuando salió de sus manos un día que te amó infinitamente.

Debes hacerlo como Él

Si perdonas en nombre de Cristo, debes hacerlo como Él. ¡Qué difícil! Pero hay que intentarlo porque Cristo quiere perdonar, y el hombre necesita ser perdonado, y tú eres, bien o mal, el ministro del perdón.

No te canses de absolver, aunque falte mucho para igualar al modelo; no te canses de limpiar las almas que son joyas para Dios; pero si además lo tratas de hacer como Él lo haría, ¡mil gracias! Necesitan los hombres sentir la mano de Cristo en el hombro, el beso de Dios en la frente; la mano que enjuga las lágrimas. Tú eres esa mano y ese beso de Dios; intenta hacerlo como Dios. Si bendices como Él, te bendecirán; si enjugas lágrimas con idéntica ternura, ellos te amarán; si les besas en la herida purulenta, sanarán.

¡Qué difícil! Pero tienes que intentarlo, aunque al principio no te salga igual; intenta hasta que seas de verdad ese Cristo en la tierra, ese Cristo que los hombres odian, y que, sin embargo, necesitan más que el pan y el vino. Te necesitan como el pan y como el vino; no te escondas de ellos, aunque sólo en el cielo te lo agradezcan.

Tus manos deben acostumbrarse a absolver y hacerlo con gusto y con amor; tu corazón debe aprender a perdonar, a perdonar mucho, a perdonar con amor. Si perdonas en nombre de Cristo, debes hacerlo como Él.

Predicar con entusiasmo

Disfruta predicando, moviendo corazones, inyectando ánimo y vigor en las almas, habla siempre al corazón. Hoy tuviste una gran oportunidad: hablaste de las actitudes que deben reinar dentro del castillo interior. Las actitudes son más importantes que los hechos, las actitudes cambian los hechos y cambian a las personas, que es como decir que, si a una persona le cambias su manera de pensar, poco a poco le cambiarás su manera de reír y su manera de vivir.

Entre las actitudes que recomendaste, se encuentra el entusiasmo. ¡Oh bendito entusiasmo! Si vivieras la vida religiosa con entusiasmo, si fueras un ministro del Señor rebosante de entusiasmo, si cada apostolado lo realizaras con entusiasmo apasionante, si fuera capaz de contagiar de ese entusiasmo a miles y miles...pero ese elixir divino se había fugado de tu corazón, moría lentamente y te arrugabas con el paso de los días, hasta que una mañana pura, esta ave de tus sueños volvió a tu jardín, y llegó para quedarse.

Entusiasmo celestial que conviertes en vida cuanto tocas, tócanos y haznos resucitar..

Vivir lo que se profesa

En los ejercicios espirituales se ven las grandes verdades de la vida y del más allá. Luego se olvidan y se vuelve a la vida subterránea del topo. Has sido un topo durante muchos años. Tú que dices amar a Cristo, lo dejas tirado en un rincón; tú que te consideras feliz en esta vocación de cristiano reniegas por momentos de la gloria de luchar; tú que amas la vida y la alegría y la paz; que eres amigo de la naturaleza, persigues esa vida, pierdes la paz, te vistes de tristeza y te tapas los ojos para no mirar esa naturaleza, reflejo de Dios; ¿por qué?

Detente a pensar un momento. ¿Por qué vives de espaldas a lo que más quieres? ¿Por qué no decidirte a vivir en plenitud? Cuesta un poco, ya lo sé, pero la pena vale; cuesta arrancar la pereza sarnosa en la que te acuestas, pero ¡qué limpio y feliz y realizado te sientes cuando escuchas la voz amiga que te invita a salir de tu cueva! Sal a la luz, a la vida, y sé feliz.

¿Desde cuántos años esa voz incansable te ha estado llamando? Te hiciste sordo, amigo, y la voz ya casi se cansa de resonar. Es una voz que se oye en el bosque y en las praderas, una voz que resuena en los valles, voz que los pájaros escuchan en silencio, voz que es para ti y que no quieres escuchar: ¡Levántate y anda!

El Viernes Santo es el día más propicio para una conversión total. El día en que Dios murió por ti, el día en que el Hijo de Dios te amó como nadie. Las verdaderas conversiones se realizan en esa montaña del Calvario, donde el Cordero de Dios murió clavado un madero por amor a los hombres. Sangre por sangre, amor por amor.

Cuando haces ejercicios vuelves a recuperar por un tiempo esas verdades hermosas, por un tiempo; luego los ladrones te las roban, y de niño rico que eras te conviertes otra vez en el pordiosero que vive de limosna y de miseria. Un hilo de vida te mantiene y un deseo de volver a vivir te da esperanza; ¡quieres vivir!

Hoy Viernes Santo está muerto el que es la vida; ha muerto para vivificar, para resucitar a los muertos; estás en la fila esperando tu turno y listo para resucitar. Pídele al Cristo del Calvario que cubra tus heridas infectadas con su sangre; pídele al Cristo de Pascua que te lance otra vez a la vida; porque vivir arrastrando el alma es un tristísimo vivir.

Tienes que parecerte a estos árboles del bosque cercano en primavera, debes como ellos estallar de vida, de alegría y ya no volver a morir.

Aventura apasionante

Hacer de Cristo una pasión, de sus almas otra pasión, y de tu vida una aventura apasionante, de ti depende. ¡Qué hermosa es la vida vivida así: aventura apasionante! ¿Por qué no lo quisiste hacer antes? Pero no te enojas por la carrera intrascendente que fue tu pasado, tienes en las manos un nuevo presente y con él puedes hacer lo que no hiciste con el pasado.

Aventura significa algo fascinante, nuevo, sugestivo; cargar la mochila y tomar la vereda que serpea monte arriba, cruzar riachuelos, pasar bajo los árboles altivos, beber de las fuentes cristalinas, mirar desde la cima, desde la nieve, cruzar valles y cañadas; aventura apasionante que no cansa, que hace soñar, que emociona las horas del día.

Así es tu vida en la Iglesia: vida de enamorado; encontrar en Cristo la razón para existir, y en el Reino de Dios la razón para trabajar. Y contagiarlo, hacer sentir a los otros que trabajar por el Reino de Dios es la aventura más apasionante que pueda descubrirse; y por eso vale mucho la pena dar años y consagrar la vida y conquistar y hacer apostolado y formarse. ¡Eso es vivir!, y una forma de vivir maravillosa.

¿Quieres esa forma de vida, quieres vivir así, quieres luchar por ese ideal?

Persistir hasta llegar

La persistencia es cualidad de héroes: durar, resistir, llegar al final, pasando por días de sol y días de tormenta, por días con ganas y días sin ellas.

Leí en un libro memorable que Thomas A. Edison y Henry Ford habían logrado sus grandes éxitos con una sola cosa, y recalca que con una sola cosa: 'la persistencia'. Si tuvieras esta virtud en tu poder, lograrías todas tus metas; pero al no poseerla, tus esfuerzos se quedan a medio camino.

Comienzan millones, terminan sólo centenas. Dan tristeza metas tan bellas que se quedaron en el tintero, por falta de tenacidad. Por ello el que posee esta cualidad no tiene competencia, porque la mayoría de los competidores solitos desisten, mientras él sigue cada vez más solo, con menos contrincantes a su lado. El tiempo, la fatiga, las dificultades de la travesía por sí mismas los derriban.

Persistir cuando ya no quieres seguir; persistir cuando has caído mil veces; persistir cuando todos te dicen que no se puede lograr el objetivo; persistir cuando a tu alrededor yacen caídos cientos que lo intentaron; persistir cuando el cansancio ha hecho mella profunda en tu cuerpo; persistir hasta llegar, sin dejarte manipular por nada ni nadie. Persistir hasta llegar a la cima.

Vivir no es arrastrarse por la vida, el alma en pena, las ilusiones muertas y el corazón rebosando odio y melancolía. Entre vivir así y estar muerto hay poca diferencia.

Vivir, vivir en plenitud es algo muy distinto. No es fácil porque implica aplastar a los enemigos de la vida dentro de nosotros. La droga mata, el alcohol mata, la inmoralidad, el pecado matan. El odio, el pesimismo, la desesperación aniquilan. Y no digas que de esto nada tienes.

Vivir significa declarar la guerra a los enemigos de la vida y hacer alianza con los amigos de la misma: la conciencia tranquila, la paz del corazón, el amor desinteresado a los demás, la esperanza permanente y la honradez; y el principal: el Dios de la vida.

Hay básicamente dos maneras de vivir. Una: Disfruta todo lo que puedas, gana dinero, placeres; almacena cosas. Despreocúpate del resto: de los demás, de la vida eterna, de Dios...

Otra manera de vivir: Tienes una misión que cumplir y vas a aprovechar el tiempo al máximo. Después de esta vida está la eternidad. Dejar huella, aferrarse a lo eterno.

Atrévete a vivir. No te arrastres. El ave de corral no sabe de los cielos limpios donde vuela el águila real. Sé águila de las alturas.

Cinco cosas necesarias

Para llevar a cabo las metas de la existencia se requieren cuatro cosas, o mejor cinco: porque la primera consiste en **tener metas concretas**, precisas, saber qué buscas, a dónde quieres llegar.

Después de tener metas, **querer** realizarlas. Querer no es muchas cosas que se arropan con ese verbo: desear, morirse de ganas. Querer, dar la vida si preciso fuera por lograr el objetivo. Querían los que quemaron las naves, los que a la hora de las dificultades más duras, a la hora del cansancio supremo, no se dieron por vencidos. ¿Quieres tú así tus metas, quieres ser líder, ser santo, apóstol de veras?

Junto al querer, **tener fe**, que significa la absoluta certeza, el no albergar una duda, una vacilación, un temor a realizar esas metas. Fe que rompe todos los obstáculos, sin romperse ella misma jamás.

Si a la fe unimos la **decisión** firme y total, ¡qué fácil es llegar a atrapar el fin, la corona! Decidir es arriesgar, es apostar, es ponerse en camino, es romper cadenas de comodidad.

Por fin, la **persistencia**, el durar, el resistir, el tener siempre un suplemento de fuerza y de coraje cuando las dificultades siembran de cadáveres el campo, cuando alrededor sólo quedan escombros. Persistir hasta alcanzar la meta que se propuso alcanzar.

¡Una nueva vida! Te salió del alma, “del tronco viejo y en su mitad podrido”, que no se resigna a morir. ¿Qué importa que los años que tienes no sean los de tu juventud, si puedes experimentar en tu espíritu la juventud más rica y fresca? ¡Qué fácilmente te has resignado a la vida vieja, que así se llama ese morir poco a poco, hasta caer del árbol como hoja seca!

Vida muerta hecha de tóxicos de temor, de desaliento, de pereza; poco entusiasmo y menor fe; mucha pereza y amargo pesimismo; y dime si esto es vivir.

Vida de gracia y amistad con Dios: eso es vivir; rebosar y estallar de entusiasmo y fe, valor e ilusión: eso es vida. Amor sobre todo, mucho amor alimentado de dolor en su raíz. Sueña esa vida, búscala; intenta de aquí hasta el último segundo, latir con gozo y amor exuberante. ¡Quiero vivir, ayuda mi vida!

¿Quién prefiere la soledad del sepulcro, las tinieblas y el egoísmo?

“Yo soy la vida, y he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia”, ha dicho Jesucristo.

Entonces yo te necesito, miles te necesitan, Jesús, vida de los hombres.

Como quisieras volver a estrenar los diez años y comenzar otra vez la existencia, y con aquellos mismos ojos contemplar de nuevo todas las cosas: tu misma vida, la vocación, tu familia, el mundo en que has vivido, todas las realidades. Porque has retorcido lo derecho, te has complicado la existencia misma; tan sencilla y hermosa era la vida, Cristo tan atractivo y tu vocación como botón de rosa, tu jardín tan florecido, tan sembrado de esperanzas... ahí floreció tu primavera.

Hoy vuelves la vista atrás, y, aunque no puedes quitarte los años, si puedes rescatar tu alma de niño, de apostólico recién estrenado, y contemplar con esos ojos y esa alma inocente todas las cosas.

Comenzar de nuevo tu hermosa vocación, que creció risueña en la ribera de un río y en un valle de verdor. A muchas millas de allí vuelve a empezar todas las cosas; empieza a amar tu vocación, a Dios, a María Santísima, con tu amor primero, con tu amor de rosa de Castilla.

Crear, esperar y amar

Debes cultivar las virtudes teologales: muy teologales virtudes pero que, si no las haces tuyas, se quedan en eso, en teologales.

Aprender a creer. Aceptar el reto de Jesús cuando decía: "Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a ese monte: 'arrójate al mar', y os obedecerá".

Esperar, esperar sobre todo en que tu tronco viejo produzca brotes nuevos; esperar, confiar a pesar de la niebla, del huracán y del hastío.

Amar apasionadamente a Cristo y a las almas. ¿La hoguera encendida de tus días mejores se ha convertido en rescoldo casi apagado? El amor es capaz de despertar al genio dormido, de resucitar a los muertos. Amor que has hecho de adúlteras santas y de bandidos mártires, ¿no podrías encenderme a mí también?

Perseverar en el amor. Comenzar a amar es obra de todos; todos han amado algo o a alguien algún día. Continuar amando ya cuesta más; menos lo practican. Pero amar hasta el final, a despecho del cansancio y las dificultades del camino, es obra de santos o de auténticos enamorados. El reto te llama, ¿verdad?

Navidad. Si el amor no crece en esta fecunda tierra es que no es de buena ley.

Escondido en un pesebre, envuelto en unas telas llamadas pañales, sin guardias para defenderlo; de las cosas que creó en otro tiempo, se valió de lo más pobre; no quiso arrojarse con las estrellas del firmamento ni regalarse con las flores de los valles; un pesebre y unas pajas.

Todas las criaturas de la naturaleza se disputaban el honor de calentarlo y alimentarlo, pero no pidió nada, ordenó a las cosas y a los animales que siguieran en su sitio. Al hombre sí le pidió un lugar en su corazón, pero lo tenía ya alquilado: No había lugar ya para Él en la ciudad de los hombres ni en el corazón de ellos.

Nació desamparado, sólo dos seres lo amaron aquella noche; después serían millones los amantes de aquel Niño. Amor tan bello y tan grande no podría quedar escondido en un portal. A lo largo de los siglos vendrían los Pablos, los Franciscos, las Teresas a ofrecer sus nobles almas al Redentor...

Cada año vuelve a nacer donde le dejan, y vuelve a pasar frío, mucho frío en muchos corazones; pero queda compensado con el calor y el cariño de unos pocos que lo aman con locura.

¿Qué le ofrezco yo en esta Noche Buena? Unas pajas, un poquito de cariño y el rescoldo de un viejo amor.

Navidad, fiesta del amor de Dios al hombre; nadie se hubiera imaginado tanto, nadie hubiera esperado una benignidad tan exuberante. El amor ha batido todos los

récords, ha superado todas las barreras, el amor es el gran triunfador.

Desde ahora Dios es Padre, Redentor, Dios es amigo del hombre. No temas, porque no tienes razón para temer; ama, que tienes mil razones para amar; canta de gusto y de gratitud; la esperanza para la humanidad arranca de Belén: El hombre perdido, pecador, desgraciado ha encontrado la luz y la confianza.

Una sonrisa eterna puede nacer en tu rostro. Un día y otro y otro día; una hora y otra puedes cantar y rezar así: ¡Dios me ama, estoy salvado!

Una meta es una cima

Tus metas, ¿las tienes?, ¿las supones? No basta. Una meta es una cima, y sólo se alcanza escalando la montaña.

Ser santo, ¿de veras te interesa? ¿No habrás renunciado a esa cima, para quedarte en el valle, en la sombra y en el charco?...

Fuiste cordialmente invitado a absolver a las almas de la parroquia: A la entrada, brillaban abundantes y bellas las rosas; el silencio y la tranquilidad eran dueños de las avenidas, de los jardines, de los árboles. Tres horas bastaron para barrer los pecados de los fieles que por un momento se arrodillaron en el confesionario.

Muchas de tus horas transcurren eficazmente tras la rejilla del confesionario, destruyendo los pecados y haciéndole la guerra al Diablo en tantas almas juveniles.

Alienta profundamente el palpar la obra de Dios en las almas, el sentirse instrumento, aunque miserable, tubería vieja y cable deshilachado, pero conductor de agua pura y electricidad de muchos voltios como es la gracia santificante. Dedicas muchas horas al confesionario, y te ataca el tedio, la fatiga; pero sigue en pie, convencido de realizar un apostolado muy eficaz y certero y con relativo poco esfuerzo. Te llamarán a tu muerte: 'el confesor', porque ejerces el oficio todas las mañanas en unas parcelas y por las tardes en otras.

Debes analizar cómo confiesas, para acercar más almas, para aliviar sus temores, para motivar en grande, para que tengan devoción al Sacramento de la Misericordia.

Puedes estar seguro de que ahí el diablo pierde muchas batallas; eres, aunque por regalo del sacramento, un restaurador de ruinas, un donador de gracia santificante, un acelerador del amor a Dios.

Los tres amigos del alma

Atrévete a ser hijo de Dios. Que Cristo sea tu gran amigo. Haz caso al Dulce Huésped del alma. Ser cristiano consiste en ser hijo de Dios: el Padre más grande; amigo de Cristo: el mejor de los amigos; templo viviente del Espíritu Santo: el mejor consolador.

Atrévete con esa felicidad, con esa grandeza de vida, con ese amor eterno. ¡Padre, Padre, Padre!: la palabra grande que llena de dulzura el alma del hombre y enternece el corazón el Dios. Cristo: mi Dios, mi compañero, mi grande y único amor, y la única razón de mi existencia; Espíritu Santo: dulce huésped del alma, ven y llena nuestros corazones y enciende en ellos el fuego de tu amor'...

Por la tarde, paseando por una de las terrazas de la casa de retiros, oíste la inconfundible voz del Amigo: 'Ven y sígueme". Era una brisa dulce, serena, que entraba en el alma; la voz que tantas veces, en momentos en que los gritos del mundo están apagados, se oye con una insistencia amorosa.

Respondiste a esa voz con la tuya; una voz anhelante, rota por la pena y la desilusión... Después de todos los caminos torcidos, al final de todas las tristezas y amarguras, espera un corazón amante, compasivo; unos ojos te miran bondadosos; te alargan una mano suplicante y amiga: "¡Ven y sígueme!"

¿Es posible la felicidad?

Muchas personas, sobre todo jóvenes, se aburren soberanamente. Y, peor aun, no creen que alguien pueda ser feliz. ¿Tienen razón? ¿Es posible la felicidad?

Es imposible, si se le da la espalda a Dios. Es imposible, si se desentiende uno del prójimo. Es imposible si uno es un egoísta redomado. Es imposible también si se piensa encontrarla en las cosas materiales. Todos los que actúan así no son ni pueden ser felices. ¿Qué decir de los que ríen estrepitosamente? ¿Han alcanzado la dicha?

La felicidad está hecha de paz con Dios, de paz consigo mismo y de amor al prójimo. Quien tiene la conciencia limpia, quien se ha prohibido a sí mismo odiar y guardar rencor, quien ha aprendido a confiar en Dios sabe lo que es ser feliz. Y no necesita de aspavientos ni de carcajadas.

Obviamente la felicidad está muy amenazada. El pecado mancha, el rencor pudre y carcome, el egoísmo aísla y seca el corazón. Quien cultiva estos cardos que no sueñe en ser feliz. Se es auténticamente feliz sólo amando desinteresadamente.

Como todos tenemos la capacidad de amar, en principio todos podemos ser felices, siempre y cuando sigamos las reglas de la felicidad, que no son otras que las reglas del buen amor. No me refiero a otras cosas que se llaman con el mismo nombre pero que son algo muy distinto. Amar es entregarse, donarse a la persona que se ama para hacerla feliz. Los que aman así nos podrían decir si es posible ser felices.

Primero de Noviembre: Fiesta de todos los adalides del cristianismo: Los que lograron lo único necesario, los que dejaron pasar lo pasajero y se quedaron con lo eterno; los felices, los eternamente felices. ¡Santa envidia!

Imitarlos es fantástico propósito; arráncate de lo vano y falso como ellos y aférrate a los valores eternos.

Ser santo es tan posible para ti como lo fue para ellos; en este mismo instante hay hombres y mujeres que se están haciendo santos, ¿qué haces tú?

Algunos con el paso de los años aprenden nuevas artes y oficios: el arte y el oficio de mejorar su egoísmo, acrecentar sus lamentos, especializarse en caras tristes y amargas, en morir más deprisa y de forma más triste. Otros aprenden a superarse en el amor a los demás, en mejorar la sonrisa, en aumentar la calidad de vida, en vivir eternamente...

Se ha puesto el sol en el pueblo, y el fresco vespertino ha invadido el pequeño valle donde se encuentra la casa de descanso. A unos metros se desliza el río manso y silencioso, añosos árboles sombrean sus orillas y dan grandiosidad a la escena.

Suenan campanas del atardecer; aún es azul el cielo con escasos jirones de nubes blanquecinas, se filtra el ronroneo de los motores de los autobuses al otro lado de la colina, pero reina la paz alrededor y dentro del alma.

¡Oh amable y ansiada paz!, nunca te alejes...

Una tarde de otoño

¿Quién no ha escuchado la voz de Jesús en los atrios de su alma: ¡Ven y sígueme!, ¡ven y sé fiel!, ¡ven y goza de mi amistad! Y, ¿qué se le puede responder?

Cómo no seguirte, Señor, si Tú nos enamoras, si te vemos y te sentimos como la luz, la alegría y la paz que inunda el corazón.

Todo se convierte en espejo de su rostro y en eco de su voz. El sol en un cielo azul purísimo te grita con su calor que Él es tu Señor; la luna llena que invade de ternura las noches luminosas, te susurra: 'Dios te ama eternamente'.

Las fuentes del jardín te lo repiten todo el día con sus murmullos de agua; los montes y los pájaros, los gallos tempraneros, las campanas de la torre y el reloj te recuerdan sin cesar que Dios existe y es amor y es paz para tu alma...

Este pueblo es maravilloso, tiene embrujo. Aquí has vuelto a encontrar al Cristo de tus días de gloria. ¡Cómo no recordar con cariño este lugar de las conversaciones con el gran Amigo!

La capilla grande ha sido escenario de maravillosos momentos. Las misas, predicaciones, rosarios solemnes, las visitas fervientes la convierten en lugar de privilegio.

Y su cielo tan puro, tan azul y luminoso, con sus soles amables y sus noches de luna y estrellas a granel, sus fuentes rutilantes, sus iglesias que invitan a la oración, sus montañas cubiertas de verdor o de austera vegetación...

Te fuiste de paseo a la colina de enfrente, para contemplar la tarde desde mayor altura. El pueblo y sus tejados viejos, sus iglesias, los ruidos de la chiquillería y el humo somnoliento subían hasta ti.

Ese pueblo entrañable, en una tarde de otoño, se quedó en tu corazón.

Final de los ejercicios espirituales

La gracia sigue inundando los rincones oscuros y tristes de tu alma, llevando luz, llevando alegría, paz en abundancia. Es el Dios que se presenta como Amigo bienvenido y que roba corazones. ¡Cuánto quisieras que el tuyo ya estuviera entre sus garras de águila! Llorar de felicidad y dar permiso a tus ojos para que conviertan en torrente de júbilo sus cuencas secas.

Fuiste a visitar la cripta y la iglesia en una veloz visita y a llenar de paz los pulmones con la brisa de la tarde y el perfume de las flores silvestres...

Hoy todo el día estuvo dedicado al dolor de Cristo, al Amor Eterno. Amor se escribe con sangre: sangre, amor y dolor de tu Redentor.

Diles a tus ojos que, si quieren, lloren a mares, que buena falta les hace, y produce sublimes efectos en el alma agradecida contemplar el drama más doliente y amoroso de este valle de dolor. Cristo, pisó el suelo podrido de las almas... y no sintió náusea...

Las campanas de la Resurrección al viento. Ha resucitado quien puede resucitarte a ti, tu Dios y Señor, tu Maestro, tu Redentor.

Un recuerdo tierno y emocionado para la Virgen Madre, y cierre con plática del Bautismo. Lo mejor de estos días de gloria es que Cristo fue el director de los ejercicios; no te exigió que hicieras las meditaciones, Él te las dio. Sal contento, agradecido, dispuesto a mantener tu cirio encendido.

La cruz te asusta; su simple nombre de una sola sílaba te abruma; pero es porque has luchado muchos años con una gran cruz fantasma de tu imaginación; una cruz sin Cristo, la cruz enorme de toda una vida: una cruz que no era la que Dios cargaba amorosamente sobre tus hombros.

La verdadera cruz es la de Cristo, la que Él te regala y la que te ayuda a llevar volviéndose tu Cirineo, una cruz de un día, porque Él dijo: "Bástale a cada día su afán."

¿Has podido llevar la cruz de este día? Sí has podido. Así podrás llevar la de mañana y la de pasado mañana; la mano que hoy te sostuvo te sostendrá mañana y hasta el último día, que también será un solo día.

No te hagas el gigante del Calvario, lleva la cruz que te dan, no la que tú te fabricas; llévala con amor, con mucho amor, y pesará menos: cuanto más amor, menos peso; y mira a la cima del Calvario: De ese Árbol bendito penden los frutos que más anhelas: la santidad, la salvación de innumerables almas, el cielo eterno.

Toma esa cruz con más amor; mira al que va delante, y ya no vuelvas la mirada atrás; pero, si miras, verás que detrás de ti, cayendo y levantándose, luchando duramente, amorosamente por seguir en pie, vienen miles de hermanos tuyos con su cruz auestas.

Tienes que estar en pie de lucha, debes funcionar con metas, estar hecho de urdimbre de guerrero.

Disfruta de la lucha también en las artes de la paz, y pelea por la santidad lo mismo que por ganar almas para Dios.

La vida bien entendida es lucha, aventura apasionante, en la que se debe escalar la alta cima con lo mejor del propio esfuerzo, con todo lo que dé el alma y las uñas y el corazón.

En marcha pues, luchador; ármate de valor y fuego, de hambre de Dios y de cumbres: las cumbres te esperan.

Dios te dice desde arriba: Te espero, te he esperado muchos siglos; aquí te quiero ver, herido, rasguñado, enflaquecido por el esfuerzo, pero entero el corazón, para darte el eterno abrazo de la victoria. En marcha, luchador, te esperan las cumbres.

Has caído en mil batallas y ésta es la brecha abierta en tus murallas, pero hoy es tu fe más grande que todas las derrotas sufridas, y debes surgir de tus cenizas como el Ave Fénix.

¿Puedes? Si crees, puedes, apoyado en el Dios de los ejércitos.

Está visto que para llegar a santo tienes que pelear mil batallas pequeñas y grandes, y admitir en el presupuesto también polvo y derrotas; no será fácil, nunca lo ha sido; por eso solo unos pocos se arriesgan. ¿Quieres ser de esos

pocos?, ¿quieres pagar el precio y correr la aventura de Dios, la sagrada aventura de los grandes hombres? Te animan otros que tan pobres como tú, tan miserables como tú, tan nada como tú, supieron llegar. Tú llegarás como ellos.

Subir a la cumbre

Fiesta de la Ascensión. ¿Qué dirás a los hombres que te escuchan? ¿Qué te dirás a ti mismo?

La Ascensión clava nuestra esperanza, de forma inviolada, en nuestra propia felicidad eterna.

Así como Jesús, el Carpintero, ha subido con su cuerpo eternizado a la patria de los justos, así el mío y el tuyo, el de todos los fieles que se esfuercen, subirá para nunca bajar, para quedarse para siempre allí.

La Ascensión, además, es un subir, es un superarse de continuo, un no resignarse al muladar.

Subir, siempre subir, querer ser otro, distinto, mejor; mejor en lo humano, mejor en lo intelectual y en lo espiritual. Cuando uno se para, se enferma; cuando uno se para definitivamente, ha comenzado a morir.

Se impone la lucha diaria, la tenaz conquista de una meta tras otra, hasta alcanzar la última, la añorada cima de ser santo. Ésa es tu meta, ésa es tu cima.

Por amor a Él se puede todo: ofrendar algunos años y la vida entera; sin amor, nada. “Tengo una vida”, gritaba un alma enamorada, “tengo una vida y entera se la doy; pero, si mil vidas tuviera, las mil se las daba.”

Teresa de Jesús, la santa de los surcos de Castilla, la santa del infierno y del éxtasis, sabía de qué hablaba.

El poco o mucho amor a Cristo, ha sido el protagonista, el responsable de lo poco o de lo mucho que has realizado en tu vida; y el amor que atesores hasta el final de tus días, será el artífice de la santidad que logres o no logres.

Amor, se busca amor; amor sólo, un grande, desesperado amor; todo el resto, quítatelo, arráncatelo, antes de que te lo arranquen; porque te irás quedando sólo, sólo con lo que de amor tengas. Hoy mismo eres y vales lo que amas. ¿Cuánto eres y cuánto vales?

Renovación de promesas

A hora temprana renovamos los votos los consagrados de esta casa; ¿Qué renovamos? ¿Los restos del naufragio, una promesa vieja, podrida, muerta? ¡No!

Renovamos la llama antigua, pero idéntica a sí misma, añadiendo leña nueva, que huele a recién cortada de la montaña; llama antigua, perenne, con leña de hoy. Se renueva lo que vive, si bien no totalmente, y se renueva para que viva y resplandezca con toda su fuerza.

Renovarse es no arrepentirse de la promesa de ayer; renovarse es besar hoy con reverencia las manos en las que dejamos la vida; alegrarse hoy más que nunca de haber apostado todo por Aquél que nos amó con un amor eterno; es reafirmar, fortalecer la promesa de fidelidad hasta el mismo momento de la muerte. Se es fiel hasta la muerte, o no vale.

En presencia de María, Madre de nuestro camino de perseverancia, prometimos nuevamente con alegría fresca y viva, pobreza, castidad y obediencia. Tres votos, tres cadenas, tres formas de amar; tres promesas que sólo a un AMOR con mayúscula se pueden hacer. Jesús ha sido dueño de gran parte de tu vida ya, sólo falta que lo sea hasta el fin.

Vivir en pobreza, castidad y obediencia no es otra cosa sino saborear las bienaventuranzas de Jesús: Bienaventurados los pobres de espíritu... porque de ellos es el Reino de los cielos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra... Bienaventurados los limpios de corazón... porque verán a Dios. Bienaventurados los que imitan a Jesús que fue obediente hasta la muerte.

INDICE

Introducción

- 1-Amor se escribe con sangre
- 2-Nunca es tarde para empezar
- 3-No importan las caídas
- 4-Hacer las cosas por amor
- 5-La Virgen María
- 6-Perseverancia
- 7-Lluvia en el alma
- 8-Ama y haz lo que quieras
- 9-Te basta mi gracia
- 10-Dar fruto
- 11-Palabras de primavera
- 12-Mañana será mejor
- 13-El tiempo y la vida
- 14-Un día a la vez
- 15-Las visitas a Cristo y a la Virgen
- 16-Ven y sígueme
- 17-Dos de noviembre
- 18-La vocación
- 19-Otra vez el entusiasmo
- 20-Resistir
- 21-Amad, como si todavía no amaseis nada
- 22-¿Por qué nos ama Dios?
- 23-La fe mueve montañas
- 24-Ejercicios de Semana Santa
- 25-Admirar al prójimo
- 26-Todos pueden
- 27- Fiesta de todos los santos
- 28-Ser otro Cristo
- 29-Dios te necesita
- 30-Hay un puesto para ti entre los grandes

- 31-Renovarse o morir
- 32-No importa cómo vienes
- 33-Consignas para un retiro
- 34-¿Qué piensas hacer de tu vida?
- 35-Una gran oportunidad
- 36-El mejor modo de ser feliz
- 37-El mejor modo de valer para algo
- 38-El mejor modo de ayudar a los demás
- 39-Mi misión en la vida
- 40-El amor es más grande
- 41-¿Me salvaré o no me salvaré?
- 42-¿De qué sirve ganar todo el mundo...?
- 43-Elegido y consagrado
- 44-Está en el mundo pero no es del mundo
- 45-Propagandista de los bienes eternos
- 46-Glorificador del Padre
- 47-Felizmente y para siempre
- 48-Venid, benditos de mi Padre...
- 49-Nació en unas pajas
- 50-¿Por qué hoy no?
- 51-Se fue el dos mil
- 52-Un tercio de vida
- 53-Crucificar a Cristo
- 54-La mujer caritativa
- 55-Si quieres, puedes curarme
- 56-Debes hacerlo como Él
- 57-Predicar con entusiasmo
- 58-Vivir lo que se profesa
59. Viernes Santo
- 60-Aventura apasionante
- 61-Persistir hasta llegar
- 62-Atrévete a vivir
- 63-Cinco cosas necesarias
- 64-Una nueva vida

- 65-Vivir otra vez
- 66-Creer, esperar, amar
- 67-Nació solo
- 68-Una meta es una cima
- 69-Los tres amigos del alma
- 70-¿Es posible la felicidad?
- 71-Ser santo
- 72-Cotija en una tarde de otoño
- 73-Final de los ejercicios espirituales
- 74-Tomar la cruz
- 75-Vivir es un reto
- 76-Subir a la cumbre
- 77-Amor
- 78-Renovación de promesas.